

Boletín oficial del



Arzobispado de Burgos

Arzobispado
de Burgos



Tomo 156 – Núm. 3
Marzo 2014

BOLETIN ECLESIASTICO

DEL ARZOBISPADO DE BURGOS

Dirección y Administración
RESIDENCIA ARZOBISPAL

El Arzobispo

Homilía



I

JORNADA DE LA VIDA CONSAGRADA

(Catedral, 2-2-2014)

Si entregáramos a un estudiante los textos de la liturgia que estamos celebrando, para que nos dijera cuál es la palabra más repetida, no encontraría demasiada dificultad para respondernos con exactitud y decirnos que esa palabra es “luz”. Y, si le preguntáramos de nuevo, a quién se aplica esa palabra, nos diría: a Jesucristo.

Efectivamente, la liturgia de hoy habla de Jesucristo luz en las lecturas, en las oraciones, en el prefacio y en las antífonas. “Ahora, Señor, según

promesa puedes dejar a tu siervo irse en paz, porque mis ojos han visto a tu Salvador, luz para alumbrar a las naciones”, dice el Evangelio por boca del anciano profeta Simeón. “Hoy, tu Hijo es presentado en el templo y es proclamado... luz de las naciones”, cantaremos en el prefacio. “Oh Dios, fuente y origen de toda luz, que has mostrado hoy a Cristo, luz de las naciones, al justo Simeón”, hemos dicho en la oración de bendición de las candelas.

También la luz es el símbolo más significativo de esta liturgia. Sólo volveremos a encontrar algo semejante en la Noche de Pascua, durante la Vigilia Pascual. En aquel momento, Cristo Resucitado comunicará su luz a los bautizados que celebran ese gran acontecimiento y a los catecúmenos que recibirán esa noche el Bautismo.

La luz es símbolo de alegría, de fiesta y, sobre todo, de vida. Donde no hay luz no han plantas, ni flores ni animales. En el mejor de los supuestos hay vida mortecina y sin brillo. Esta catedral se ilumina los días de fiesta especiales. El día de la boda, el lugar donde se celebra el convite está también muy iluminado. Todo esto es lo que es Cristo-Luz. Es vida, porque con su Pasión y Resurrección ha destruido la muerte del pecado, la muerte física y la muerte eterna. Es alegría, porque nos ha salvado de la esclavitud del demonio. Es fiesta, porque nos ha dado la posibilidad de convertirnos en hijos de Dios.

Donde no ha llegado la luz salvadora de Jesucristo, la gente vive con la losa del miedo a los poderes superiores, que, no por inexistentes, dejan de causar menos temor. Así lo aseguran los misioneros de Asia y África. Donde ha desaparecido Jesucristo del horizonte –como ha ocurrido en nuestras sociedades occidentales–, han regresado las tinieblas a los ámbitos y espacios más vitales: la vida –con la muerte de los no nacidos y de los enfermos terminales–, el matrimonio –con formas irregulares de vivir el amor humano y la trasmisión de la vida–, la vida social –con la lacra de la corrupción en todos los niveles y profesiones–, las relaciones interpersonales, con los enfrentamientos y el odio. En cambio, cuando llega la luz de Cristo a una familia o a una sociedad, allí llega la alegría con los niños que nacen, el cuidado que se imparte a los padres ancianos, la estabilidad del matrimonio para toda la vida, con el consiguiente bien para la pareja y los hijos, la solidaridad y la honestidad en los trabajos y negocios.

Por eso, llevar a Cristo a los hombres y mujeres que no le conocen o a quienes se han olvidado de él, después de haberle conocido, es una inmensa alegría y un gran gozo para todos los bautizados. Debe serlo, de modo especial, para los Religiosos, que celebran hoy su día bajo el lema “La alegría del evangelio en la vida consagrada”.

Ciertamente, todos los cristianos: niños, jóvenes, padres de familia, profesionales de las diversas ramas del trabajo, etc. tenemos que sentir este gozo. Porque el Bautismo les ha convertido en apóstoles y misioneros. El día de nuestro Bautismo todos recibimos la luz de Cristo para alumbrar a los demás mediante nuestra palabra y nuestras obras. Nadie queda excluido de este hermosísima tarea, sea cual sea su situación personal y el ambiente en que se desenvuelve. Como no se cansa de repetir el Papa Francisco hay que ponerse en movimiento, hay que ser misioneros, hay que salir a todas las periferias del mundo en que vivimos: los que viven como si Dios no existiera, los que se han apartado de la práctica religiosa, los que no tienen trabajo u hogar, los emigrantes y ancianos desamparados, los niños que sufren las consecuencias de las crisis familiares, los matrimonios rotos o en crisis, y tantos otros. Llevemos ahí una luz de esperanza y amor. Por difíciles que sean las circunstancias, siempre podremos decirles con amor: “Dios te ama, Dios es tu Padre, Jesucristo ha muerto por ti, Dios perdona todos los pecados que hayas hecho, Dios quiere que seas feliz”. Y, si no podemos decirlo con las palabras, sí que podremos decirlo con las obras: dando un poco de cariño, siendo comprensivos, escuchando sus penas, en una palabra: siendo buen samaritano.

Pero los religiosos tienen un “plus” añadido por el carisma que han recibido del Espíritu Santo. En un encuentro del Papa Francisco con los Superiores Mayores de todos los Religiosos en Roma, a finales del pasado noviembre, le hicieron, entre otras, esta pregunta: “Si usted estuviera en nuestro lugar ¿cómo recibiría su llamado de ir a las periferias? ¿Qué se sentiría llamado a hacer? ¿Dónde se debería poner hoy el acento?”.

El Papa fue muy claro y muy directo: “¡Despierten al mundo! ¡Sean testimonio de un modo distinto de hacer, de actuar, de vivir! Es posible vivir de un modo distinto en este mundo. Se trata de dejar todo para seguir al Señor. No quiero decir “radical”. La radicalidad evangélica no es solamente de los religiosos: se pide a todos. Pero los religiosos –ha dicho el Papa con fuerza– siguen al Señor de manera especial. Yo espero de ustedes este testimonio. Los religiosos deben ser hombres y mujeres capaces de despertar al mundo”. El Papa ha concluido: “Deseo de los religiosos este testimonio especial”.

Yo sólo quiero hacer una pequeña glosa: si el Papa que es religioso –por tanto, buen conocedor de las posibilidades y dificultades de la vida religiosa– pide esto a los religiosos, ¿puedo yo pedirlos otra cosa? Evidentemente, no. Ahora os toca a vosotros reflexionar, rezar estas palabras del Papa y sacar conclusiones operativas. No os faltará mi apoyo ni mi estímulo. Sé que no estáis incardinados en la diócesis y, por tanto, que no estáis para atender ministerialmente las parroquias. Pero vivís vuestro carisma reli-

gioso en la diócesis; por tanto, en sintonía con sus necesidades, propuestas y proyectos. Con una gran creatividad y, a la vez, con gran espíritu de comunión.

María recibió en este día una profecía llena de contenido y de dolor. Una espada la atravesaría su alma de madre. Era el anuncio del rechazo que sufriría su Hijo y de su asociación a su dolor redentor. Ella lo asumió con toda libertad y responsabilidad. ¡Que Ella nos alcance la gracia de llevar la salvación y redención de su Hijo a nuestra vida y a todas las periferias que nos circundan, aunque el dolor deba ser un compañero inseparable! Amén.



Mensajes

I

JORNADA MUNDIAL DEL ENFERMO 2014

(Cope, 2-2-2014)

La enfermedad es un compañero inseparable en el camino de la vida de los hombres. Apenas nacido, la mamá tiene que llevar a su bebé al pediatra, al otorrino o al médico de cabecera. Luego viene una etapa, más o menos larga, en la que el compañero de viaje desaparece, para volver a reaparecer de modo permanente hasta la muerte. Es lógico, por tanto, que la Iglesia no se desentienda de esta cuestión sino que la dé todo el alcance y valor que requiere. Eso explica que cada año celebre la “Jornada mundial del enfermo” con un lema preciso. El de este año es “FE Y CARIDAD. También nosotros debemos dar la vida por los hermanos”.

El objetivo de la presente Jornada –que se celebrará el próximo 11 de febrero– es que los cristianos volvamos a las fuentes de nuestra vocación. En primer lugar, los profesionales de la salud, para que renueven y potencien su visión creyente del enfermo; de modo que vean en él el rostro doliente de Cristo y el hermano al que tratar como buenos samaritanos. Ella será la mejor garantía para que la técnica y los avances farmacológicos estén al servicio de la persona humana en todas las fases y situaciones en que vive la enfermedad.

Pero esto vale también, aunque en otra medida y dimensión, para todos los cristianos, dado que la caridad es el distintivo de los que creemos en Jesucristo. La caridad cristiana permite ver al enfermo no como un extraño sino como alguien que es portador de la imagen de Dios, es hijo

de Dios y es un hermano. Por eso, el servicio a los enfermos –tanto de los profesionales como de los voluntarios y capellanes–, no puede quedarse en un mero servicio social sino que tiene una dimensión esencial de fe. Tanto el enfermo como sus familiares han de percibir un testimonio de caridad cristiana y de personas que comparten su fe y su vida.

Desde esta perspectiva se entiende muy bien que el mundo de la salud y de la enfermedad es hoy, como lo fue siempre, un lugar privilegiado para la nueva evangelización. Porque “Jesús anuncia el Evangelio del Reino curando, y confía a sus discípulos la misión de curar” (Congreso “Iglesia y Evangelización”). Estar cercano a quien está al borde del camino de la vida, no sólo es un acto de solidaridad sino, ante todo, es un hecho espiritual.

Por otra parte, se comprende que el enfermo no quede al margen de su propia enfermedad. La enfermedad, aunque sea una realidad dolorosa, no es un castigo divino ni un mal del que hay que liberarse al precio que sea, incluso poniendo fin a la vida. Como parte del dolor, es un misterio. Pero un misterio que ha quedado esclarecido con la muerte y resurrección de Jesucristo. Jesucristo ha vencido a la muerte, máxima expresión de la enfermedad y del dolor. Desde entonces, la enfermedad y la muerte no tienen ya la última palabra, sino que se han convertido en puerta que abre la vida humana a una nueva vida. Unidos a Cristo, la enfermedad y el dolor “de experiencias negativas, pueden llegar a ser positivas. Jesús es el camino” (Mensaje del Papa Francisco para la Jornada). Todos conocemos personas que se descubrieron o se reencontraron con Dios mediante una enfermedad grave e inesperada.

Además, el enfermo no tiene que tener como único horizonte el de su enfermedad, de modo que le impida vivir la caridad hacia los demás, comenzando por su propia familia y el personal sanitario. ¡Cuántos enfermos se convierten en auténticos misioneros de su entorno, porque saben llevar su enfermedad con exquisita paciencia y hasta con alegría! ¿Cómo no recordar, por ejemplo, aquel rostro dolorido y destrozado del Beato Juan Pablo II, que cautivó al mundo entero por su aceptación gozosa del dolor que Dios le quiso pedir? Como alguien me comentó, la estampa de un papa impotente y crucificado ganó las batallas que antes se le habían resistido.



II

UN MUNDO SIN HAMBRE ES POSIBLE

(Cope, 9-2-2014)

En el año 2000, todos los países acordaron trabajar juntos para erradicar el hambre del mundo para el año 2015. Cuando falta menos de un año para que concluya el plazo, siguen existiendo 842 millones de personas que pasan hambre. El resultado, con todo, no es un rotundo fracaso, puesto que las cifras del hambre han decrecido. Más aún, han de ser un estímulo para seguir luchando contra un escándalo que no podemos consentir. “Manos Unidas”, Asociación de la Iglesia Católica en España, así lo entiende.

Eso explica que desde hace cincuenta y cinco años vengan impulsando la Campaña contra el hambre. La de este año lleva por lema “Un mundo nuevo, proyecto común”. Su objetivo no puede ser más ambicioso: crear un nuevo orden de relaciones entre personas, asociaciones, empresas, organismos públicos y países que refleje la fraternidad que nos une a todos los hombres y mujeres del mundo. Semejante propuesta sería una ilusión si no estuviera fundamentado en el solidísimo fundamento de que Dios es Padre y el Creador de todos los bienes de la tierra, para que sirvan a todas las personas a realizarse como tales.

Manos Unidas es consciente de que tiene que superar obstáculos formidables: la pobreza estructural y crónica, el mundo del individualismo donde prevalece la comodidad y el propio interés, la violencia real o latente que impone la ley del más fuerte, la ganancia a toda costa y al precio que sea, la corrupción rampante en instituciones y gobiernos. Pero sabe también que la fe en Dios mueve montañas y es capaz de realizar milagros imponentes.

Apoyada en esta fe, así como en la bondad y generosidad de incontables personas, este año nos hace una serie de propuestas operativas, no fáciles pero tampoco imposibles: desterrar la “lógica del interés” y cultivar la “lógica del don”; fomentar la “cultura de la familia” como red social básica del amor y del don, frente a la fractura social y el individualismo; anteponer la lógica de los derechos humanos fundamentales a la lógica del individualismo y los derechos particulares; transformar la excusa de “no puedo cambiar el mundo” en la decisión de “puedo hacer lo que está en mi mano” en la familia, en la escuela, en el barrio, en la empresa, en la parroquia, en las organizaciones sociales.

Dios nos ha tomado la delantera, pues hizo una opción preferencial por los débiles y empobrecidos, haciéndose pobre con ellos y compartiendo sus penas y sus alegrías. Más aún, diciéndonos que lo que hacemos o dejamos de hacer por “los demás” se lo hacemos o dejamos de hacer a Él mismo: “Tuve hambre y me disteis de comer...Tuve hambre y no me disteis de comer”. Además, Él se nos ha manifestado que todos somos hijos suyos y, por tanto, hermanos entre nosotros. Nunca reflexionaremos lo suficiente sobre las consecuencias que esto comporta para remediar el hambre en el mundo. Pues, como decía Benedicto XVI, “el desarrollo de los pueblos depende, sobre todo, de que se reconozcan como parte de una sola familia, que colabora con verdadera comunión y está integrada por seres que no viven simplemente el uno junto al otro”. No se trata, por tanto, de apelar a una quimérica y voluble fraternidad del buenismo, sino de apoyarnos en la certeza de que Dios es nuestro Padre y todos somos hermanos.

Estos días comienza la Campaña 2014, de Manos unidas. Los actos programados en Burgos, además de la Conferencia de lanzamiento que tuvo lugar el pasado 6 de febrero, la “OPERACIÓN BOCATA” el viernes, 14 de febrero, en el Colegio María Madre a las 13,30 y el MERCADILLO SOLIDARIO, del 7 al 16 de marzo en el Monasterio de san Juan, el cual será inaugurado el 7 de marzo.

Estoy seguro de que los burgaleses seguiremos siendo profundamente solidarios y generosos en la Campaña contra el hambre. Dios no se dejará ganar en generosidad.



III

LOS OBISPOS DE ESPAÑA VISITAN AL PAPA FRANCISCO

(Cope, 16-2-2014)

El próximo día 24 de febrero los obispos de España iniciarán oficialmente la visita “ad limina”. Es una visita que realizan cada cinco años todos los obispos del mundo con esta doble finalidad: venerar los sepulcros de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, y encontrarse con el Sucesor de Pedro, el obispo de Roma.

No se trata de una visita, digamos burocrática, de tipo jurídico-administrativo. Tampoco está fundada exclusivamente en la eficacia pastoral. Sus raíces son mucho más profundas: el Papa y los obispos forman un Colegio, que sucede al Colegio de los Apóstoles, en el cual el Papa no es el “primero entre iguales” sino la Cabeza y el principio y fundamento visible de la unidad de la Iglesia. La unidad de la Iglesia no resulta de una especie de sinfonía conciliar de las diversas iglesias locales o diócesis; algo así como una cadena formada por anillos bien soldados entre si. La unidad tiene un nombre: Pedro, y una sede: la Iglesia de Roma. Eso explica que cada vez que celebramos la Eucaristía, obispos y sacerdotes decimos, en la Plegaria eucarística, que la celebramos “junto con nuestro Papa”. Esta unidad con el obispo de Roma une también a los obispos entre si y es requisito fundamental de su colegialidad.

Eso explica que las primeras huellas de la “visita ad limina” se remontan a las primeras comunidades cristianas. San Pablo, en su carta a los Gálatas, después de hablarles de su conversión en el camino de Damasco y del camino que ha tomado de evangelizar a los paganos, les dice: “Después fui a Jerusalén para consultar con Cefas, y permanecí junto a él quince días” (Gá 1, 18). El mismo gesto lo repite unos años más tarde: “Catorce años después volví de nuevo a Jerusalén, les expuse el evangelio que predico a los paganos... para no hallarme en riesgo de correr o haber corrido en vano” (Gá 2, 2). Desde entonces hasta hoy, de una u otra forma, los obispos se han encontrado periódicamente con el Papa para estrechar los vínculos de comunión en la fe, en los sacramentos y en la caridad. Actualmente se hace cada cinco años.

¿De qué hablamos los obispos con el Papa y los órganos de gobierno que le ayudan? Fundamentalmente damos una información muy detallada de la situación de la diócesis en todas sus estructuras y estamentos. Por ejemplo, hablamos de los sacerdotes, del Seminario, de las vocaciones consagradas, del matrimonio y de la familia, de la catequesis, de la vivencia de la caridad, de la situación económica de la diócesis, etc. etc. No es que tengamos que rendir cuentas, sino que hacemos un intercambio fraterno, donde ponemos a disposición del Papa y sus órganos de gobierno la realidad global de cada diócesis, para que él esté informado con verdad y pueda aconsejarnos lo que más nos conviene, teniendo en cuenta que la Iglesia es una y que todos los obispos y el Papa servimos al único y supremo Pastor: Jesucristo.

En la presente visita, la archidiócesis de Burgos con Palencia, Soria, Vitoria, Bilbao y la de Navarra seremos los primeros en hablar con el Papa. Lo haremos el próximo 24 de este mes de febrero. Yo he visto al Papa Francisco en varias ocasiones. La más reciente el pasado día 1. Sin embargo,

esta es la primera visita “ad limina” que realizo con él. Me gustaría sacar de ella mucho fruto espiritual y pastoral tanto para mí como para toda la diócesis.

Por eso, me atrevo a pedirlos a todos los católicos de Burgos, especialmente a los sacerdotes, seminaristas, religiosas y religiosos, laicos de los diversos movimientos y asociaciones, y cristianos practicantes que pidáis mucho estos días por mí y por todos los obispos de España para que recojamos mucho fruto de esta visita apostólica al Papa. Os lo agradezco de antemano, pues estoy seguro de vuestra oración y de vuestros sacrificios por esta intención.



IV

UNIDOS PARA LUCHAR CONTRA EL HAMBRE EN EL MUNDO

(Cope, 23-2-2014)

Bajo el lema “*Una sola familia humana, alimentos para todos*”, el Papa Francisco ha promovido una gran campaña mundial contra el hambre que está prevista hasta mayo de 2015. Esta campaña se ha encomendado a Cáritas Internacional, que junto a Justicia y Paz, CONFER y Manos Unidas, se encargarán de desarrollar diversos actos en nuestra diócesis para recordarnos que una persona de cada ocho, a nivel mundial, no come todos los días lo necesario. Además la forma como se producen, comercializan y distribuyen los alimentos no tiene en cuenta las necesidades de los más pobres. Se trata de una injusticia que podemos y debemos contribuir a cambiar.

El Beato Juan Pablo II nos hacía, con ocasión del jubileo del año 2.000, esta invitación: “es la hora de una nueva imaginación de la caridad que se pondría de manifiesto no sólo mediante los auxilios requeridos con la mayor eficacia sino también en la capacidad de volverse prójimo, de solidarizarse con quienes sufren de forma que el gesto se sienta no como una limosna sino como un reparto fraterno. Para ello debemos obrar de suerte que, en todas las comunidades, los pobres se sientan en su casa. ¿No sería este estilo sino la presentación más grande y eficaz de la buena nueva del Reino?” (NMI.n. 50).

El Papa Francisco, por su parte, sigue en la misma línea, e insiste en que una familia unida –y eso debemos ser los fieles de la Iglesia y todos los hombres del mundo– debe poner los medios para responder a las necesidades de todos sus miembros, al estilo de Jesús, el Buen Pastor, que no se mostró ni indiferente ni sin recursos ante cualquier angustia humana.

Como Pastor de la diócesis asumo con gusto estas orientaciones y os invito a poner en juego nuestros recursos con fe y humanidad, con el fin de secundar la Campaña antes aludida. Ante todo, os invito a rezar el Padre Nuestro y pedir con especial énfasis “nuestro pan de cada día”. Esta oración, si es verdadera, debe impulsarnos a compartir nuestro pan y a no seguir tolerando más que las personas que nos rodean se vean privadas de alimento.

Además, la Campaña puede ayudarnos a redescubrir y profundizar el misterio de la Eucaristía. El Señor quiso dejarnos el sacramento de su sacrificio y su presencia real en medio de nosotros bajo los signos de pan y de vino. Partir el pan eucarístico, llegar a ser comunidades que celebran la Eucaristía, sacramento de comunión y de alianza, nos urge a hacer todo cuanto podamos para devolver la dignidad a nuestros hermanos y hermanas privados de alimentos suficientes y de buena calidad.

Pienso que todavía es posible intensificar la lucha contra el hambre y la pobreza, y movilizarnos aún más los agentes pastorales, los fieles y todas las personas de buena voluntad. Entre otras acciones posibles, pienso que urge instaurar estructuras de reflexión y acción a todos los niveles, a fin de que, respetando el principio de subsidiariedad, cada uno aporte su contribución a la eliminación del escándalo del hambre en el mundo.

Para llevarlo a cabo, las organizaciones promotoras en nuestra diócesis nos facilitarán una serie de materiales divulgativos y formativos, que llegarán en breve, y que os animo a trabajar en vuestros grupos, reuniones o encuentros de las diversas comunidades.

Que vuestra oración sea confiada. Esta injusta realidad se puede cambiar con la ayuda de Dios.



Agenda del Sr. Arzobispo

AGENDA DEL SEÑOR ARZOBISPO-MES DE FEBRERO

- Día 1: Participa en el encuentro del Papa con miembros del Camino Neocatecumenal.
- Día 2: Por la tarde celebra la Eucaristía en la Catedral en la fiesta de la Presentación del Señor, día de la Vida Consagrada.
- Día 3: Visitas.
- Día 4: Visitas.
- Día 5: Visitas. Recibe, entre otros, al Provincial de los Dominicos. Preside la Eucaristía en San Lesmes a miembros de la Vida Ascendente.
- Día 6: Visitas.
- Día 7: Visitas.
- Día 8: Participa en el encuentro diocesano de Familias en el Seminario y les preside la Eucaristía.
- Día 9: Celebración en San Cosme y San Damián con los padres y niños del primer curso de comunión, Itinerario 6A, y preside la Eucaristía de familias.
- Día 10: Consejo de Gobierno.
- Día 11: Visitas.
- Día 12: Visitas.
- Día 13: Visitas.

- Día 14: Preside la inauguración y bendición del pabellón para actividades de Caritas en Miranda de Ebro. Por la tarde preside el Rito de entrega del Salterio a una comunidad neocatecumenal en la parroquia de la Real y Antigua de Gamonal.
- Día 15: Participa en el Encuentro de movimientos de Acción Católica en su sede, en el Encuentro de Agentes de Pastoral Litúrgica en la Casa de la Iglesia y en el Encuentro de niños que están este año realizando la catequesis mistagógica de la Eucaristía en el Seminario.
- Día 16: Preside la Eucaristía a los participantes del Master de Familia en los Maristas de Miraflores.
- Día 17: Visitas.
- Día 18: Por la tarde encuentro con los seminaristas del Seminario San José y les preside las Vísperas.
- Día 19: Visitas.
- Día 21: Visitas.
- Día 22: Participa en el Consistorio de creación de nuevos cardenales en Roma.
- Día 23: Participa en la Eucaristía de acción de gracias por los nuevos cardenales.
- Días 24-28: Visita ad Limina Apostolorum.



Curia Diocesana

Secretaría General

I

**CONVOCATORIA PARA LA COLACIÓN
DE MINISTERIOS LAICALES**

El Excmo. y Rvdmo. Sr. Arzobispo de la Diócesis, Dr. D. Francisco Gil Hellín, ha dispuesto celebrar el Rito Litúrgico de Colación de Ministerios Laicales el día 17 de mayo, a las 11 de la mañana, en la Capilla del Seminario Diocesano de San José.

Los aspirantes a dichos ministerios presentarán en la Secretaría General del Arzobispado la documentación pertinente, antes del día del 1 de abril de 2014.

Lo que se hace público para conocimiento de los interesados a los efectos consiguientes.

Dado en Burgos, a 20 de marzo de 2014

ILDEFONSO ASENJO QUINTANA
Canciller Secretario General

*** * ***

II

ANUNCIO DE CELEBRACIÓN DE ÓRDENES SAGRADAS

El Excmo. y Rvdmo. Sr. Arzobispo de la Diócesis, Dr. D. Francisco Gil Hellín, ha dispuesto celebrar ÓRDENES SAGRADAS el día 21 de junio de 2014, a las 11 de la mañana, en la Santa Iglesia Catedral de Burgos.

Los aspirantes a las Sagradas Órdenes presentarán en la Secretaría General del Arzobispado la documentación pertinente, antes del 1 de mayo del año en curso.

Lo que se hace público para conocimiento de los interesados a los efectos consiguientes.

Burgos, 20 de febrero de 2014.

ILDEFONSO ASENJO QUINTANA
Canciller Secretario General



III

EN LA PAZ DEL SEÑOR

1) *Hna. MARÍA NIEVES GARCÍA RODRÍGUEZ*

Canónigas Regulares de San Agustín



La Hermana M^a Nieves nació en Argüeso (Cantabria), de una familia cristiana, el 5 de agosto de 1918. En nuestra Comunidad tenía una tía y una hermana y otra en las MM. Calatravas. Partió a la casa del Padre el día 27 de diciembre de 2013 a los 95 años de edad y 78 de vida religiosa.

En sus oficios cumplía muy bien y con interés. Muy amante del oficio divino y de la Virgen. Oraba mucho por los sacerdotes. Fue observante de las reglas que hasta el último día cumplió con sencillez y humildad. El Señor le habrá recompensado su fidelidad en tantos años de vida consagrada como solo Él lo sabe hacer. Que Ella interceda por nosotras.

2) MADRE MERCEDES ALONSO HERNÁNDEZ

Canónigas Regulares de San Agustín



Madre Mercedes nació en Palacios de la Sierra, provincia de Burgos, el 24 de septiembre de 1933. Ha sido religiosa durante 63 años. Ha sido madre maestra de las nuevas vocaciones, 12 años de presidenta federal y muchos años como madre priora. También ha sido una buena organista y bordadora. Murió el día 17 de enero de 2014, a los 80 años.

La noticia de su fallecimiento ha causado hondo sentimiento a los que la quisimos: De forma especial a nosotras, familiares y conocidos.

Los planes de Dios son inescrutables. Y Él ha dispuesto que la Madre Mercedes concluyese ya su peregrinación por la tierra. No ha sido una vida excesivamente dilatada, pero ciertamente fecunda. Por eso, se siente todavía más su partida. Pero como cristianos, aceptamos los planes de Dios con fe y confianza. Porque sabemos que la vida de los que creemos en Dios, como la Madre, no termina, sino que se transforma y que lo que ahora sembramos en corrupción y debilidad, resucitará un día lleno de vigor y vida para siempre.

Damos gracias a Dios por el don de su vida, su vocación de entrega y de servicio, silencio y oración. Que su ejemplo y su vida sean una llama luminosa para todas nosotras a fin de que seamos cada vez más generosas y fieles a nuestra llamada para la santificación de nuestras almas y de la Santa Iglesia. Tantas y tan bellas lecciones, nunca las olvidaremos.

3) *Rvdo. D. JULIO JUEZ AHEDO*

Sacerdote burgalés incardinado en Jerez de la Frontera

D. Julio nació en Galarde el 13 de marzo de 1944. Ordenado sacerdote el día 6 de julio del 68. Ejerció el ministerio en el Valle de Zamanzas, en Vallejera y Valbonilla y en Castrillo de la Reina y servicios. En 1977 se trasladó a Jerez de la Frontera donde más tarde se incardinó. Ante su fallecimiento, acaecido en su domicilio el día 15 de febrero de 2014, así se expresaba el Diario local de Puerto de Santa María:

*Fallece el sacerdote Julio Juez Ahedo,
párroco de Nuestra Señora de la Palma*

El funeral se oficiará mañana a las 11:00 horas en dicha iglesia.
El alcalde decreta oficialmente este lunes día de Luto.



Ayer falleció en su casa de El Puerto el párroco de la iglesia de Nuestra Señora de la Palma, Julio Juez Ahedo. El sacerdote falleció a las nueve de la noche en su domicilio de la avenida del Descubrimiento. Llevaba luchando contra un cáncer desde el pasado mes de diciembre, y recientemente había sido trasladado a su domicilio, donde era atendido por su médico de cabecera y familia. En estos últimos días, sus hermanos se habían desplazado hasta El Puerto desde la localidad de Getxo, en Vizcaya, para estar junto a él. Julio Juez era el sexto de una familia de ocho hermanos muy vinculados a la fe cristiana, y que ayer por la mañana, antes de su muerte, afirmaban que se encontraba “con una paz impresionante”. Su cuerpo fue trasladado ayer a la parroquia de la Palma, y será velado en su iglesia durante todo el domingo hasta que se celebre su funeral, que está previsto que se oficie mañana lunes a las 11:00 horas en dicho templo.

El Ayuntamiento emitió ayer un comunicado de prensa en el que el alcalde, Alfonso Candón, en nombre de todos los miembros del equipo de Gobierno y de la Corporación, lamentaba el fallecimiento del párroco y fundador de la Iglesia de La Palma, Hijo Adoptivo de la Ciudad de El Puerto desde su nombramiento en un Pleno Extraordinario en marzo de 2011.

El alcalde ha decretado oficialmente mañana lunes Día de Luto, con las banderas ondeando a media asta para lamentar su pérdida. También ha destacado que desde que llegó a El Puerto en 1977 “don Julio ha sido guía espiritual de muchísimos portuenses, una de las personas más queridas de El Puerto”, y además uno de los sacerdotes que más matrimonios ha oficiado, más niños ha bautizado y más comuniones ha dado.

De igual forma, el alcalde ha querido transmitir a la familia, a los portuenses y a los feligreses de La Palma, “el más sincero pésame de toda la Corporación”.

Julio Juez Ahedo nació en Galarde (Burgos) en 1944, iniciando su apostolado en la ciudad portuense en 1977, como coadjutor de la Iglesia Mayor Prioral, templo del que posteriormente sería párroco hasta 1994. Dentro de su carisma Neocatecumenal, su labor por difundir la presencia de la Iglesia en El Puerto se ha materializado en la construcción de la iglesia de la Palma; la capilla de Santa Catalina en Las Redes y un proyecto para edificar una capilla en Fuentebravía.



Sección Pastoral e información

Delegación de Pastoral Vocacional

CAMPAÑA DEL SEMINARIO 2014

“La alegría de anunciar el Evangelio”



Estimado hermano sacerdote:

Nos dirigimos a ti con motivo de la “Campaña del Seminario” que, un año más, hemos preparado con todo cuidado y cariño. Queremos hacerte llegar estos materiales y actividades que pensamos pueden ser útiles para despertar la pregunta sobre la vocación entre nuestros niños, adolescentes y jóvenes, así como motivar la oración al Dueño de la mies para que siga enviando alegres trabajadores.

Este año el lema de la campaña reza: “La alegría de anunciar el Evangelio”. En esta ocasión, habiendo recogido el lema de la CEE, hemos querido preparar materiales propios para nuestra diócesis de Burgos (cartel, vídeo sobre el lema, catequesis, pulseras, concurso...). Por ello queremos hacerte llegar esta información que puede facilitarte la participación en esta campaña, en sus catequesis y actividades.

El día del seminario coincide en esta ocasión con el domingo 16 de marzo, pero las actividades se extienden a otros momentos con el fin de dar un carácter vocacional a este tiempo del año

(La bolsa con los carteles, oraciones, concurso, subsidio litúrgico, inscripciones a la oración en cadena y sobres pueden recogerse ya en el seminario)

ENRIQUE YBÁÑEZ VALLEJO
Delegado de Pastoral Vocacional



Delegación de Medios de Comunicación

VISITA “AD LIMINA”

“Con el Papa, como con nuestro hermano mayor”

Entrevista con el arzobispo de Burgos en el marco de la visita ad límina de los obispos españoles. Entre los temas: vocaciones, familia, piedad popular y sacramentos

“Un encuentro de un grupo de hermanos con su hermano mayor”. Así es como don Francisco Gil Hellín, arzobispo de Burgos, ha definido el encuentro que la mañana del 24 de febrero han tenido los obispos de las provincias eclesiásticas de Burgos y Pamplona, los primeros de la Visita Ad Limina de los obispos españoles. Durante dos horas, los diez obispos han compartido con el Papa Francisco las preocupaciones e inquietudes que traen desde sus respectivas diócesis. En un ambiente muy cordial y fraterno se ha desarrollado este encuentro de diálogo entre hermanos.

Poco después de que el cardenal Bergoglio fuera elegido Papa, supimos que el nuevo pontífice había sido obispo titular de diócesis de Auca, hoy Villafraanca Montes de Oca de Burgos. Y tras este encuentro con don Francisco Gil Hellín, sabemos que el Papa se acuerda de Burgos y que además estuvo aquí.

Publicamos a continuación la entrevista que ZENIT ha realizado a monseñor Francisco Gil Hellín, arzobispo de Burgos.

¿Cómo ha sido el encuentro con el Santo Padre?

Monseñor Gil: Ha sido algo que no podía ni preveer. Precedentemente la Visita Ad Limina conllevaba un encuentro personal con el Santo Padre. Yo tuve ese primer encuentro con Juan Pablo II y era ya en un momento

tan grave para él, que no pudo terminar la Visita con los españoles. Sí sabíamos que esta vez no iba a ser un encuentro personal sino en grupo de dos provincias eclesiástica. El clima que se ha establecido ha sido rico, abundante, con gran sencillez y libertad. Yo, he sido el primero en saludar al Papa. En nombre de mis hermanos le he agradecido y confirmado ese principio de fe de los pastores de las Iglesias particulares que necesitan encontrarse con su hermano mayor, el sucesor de Pedro y ser confirmados en la fe y en cómo llevan sus Iglesias.

Le he hecho una panorámica de nuestras diócesis, sobre todo de Castilla y León. Diócesis que están perdiendo mucho población, pueblos pequeños en los que quedan pocos habitantes, población un tanto envejecida con una fe consustanciada a su vida y también existe otra franja de edad más joven más débiles en la fe y menos formación. Otro tema afrontado ha sido la avanzada edad del clero y con ello como consecuencia el problema de la falta de vocaciones, algo que se puede estar produciendo también en parte por la disminución de la natalidad.

Cuando el Santo Padre me ha visto, me ha reconocido. Además he sabido que él estuvo en Burgos, con don Segundo García de Sierra, antiguo arzobispo de Burgos. Le he preguntado también si conocía su antigua sede de Auca, pero me ha dicho que no.

Durante las dos horas de encuentro, ¿el Santo Padre preguntaba o sólo escuchaba?

Monseñor Gil: Él intervenía. En algún momento él se sentía un poco como en el deber de responder a las cuestiones que planteábamos. En un momento dado nos ha dicho que algunas cuestiones no tenía que contestar él, sino que teníamos que dialogarlo entre todos. Lo que deseábamos todos era escucharle. Le hemos dicho también que su sencillez y estilo han tocado el corazón de tantas personas, que muchos se están acercando de nuevo a la Iglesia. También hemos hablado sobre la confesión, dedicarnos a ello con corazón misericordioso pero acogiendo a nuestros hermanos y ayudándoles, así somos verdaderos pastores.

Ha subrayado mucho el valor de la piedad popular, una iniciativa de los laicos pero que también es el encuentro con los sacramentos, el clero.... Relacionado a este tema también se ha tratado de los consejos de pastoral. Alguno de nosotros le ha contado al Santo Padre que hace poco salió en muchos medios lo que dijo sobre los consejos parroquiales que no son “una democracia”, porque si no acabarían siendo, “una anarquía”. Al Papa le ha sorprendido cuando se lo hemos dicho y ha preguntado ‘¿pero también eso han publicado?’.

En estos días visitarán también los dicasterios, ¿qué esperan de estas visitas?

Monseñor Gil: Esta mañana hemos estado con la Congregación para los Obispos. Hemos dado una panorámica de las preocupaciones de los obispos, y también del Prefecto. Han salido cuestiones que lleva en el corazón el pastor. No nos hemos centrado en la preocupación doctrinal, sino más bien en la misión. Han salido cuestiones que nos preocupan mucho en España: matrimonio, familia, aborto, ideología de género... Temas que también han salido con el Papa. El prefecto de la Congregación, el cardenal Ouellet nos ha explicado que en Canadá desde que se introdujo el aborto, en estos años, esto ha ido distorsionando las conciencias.

Hablaba antes del estilo y la sencillez de Francisco ¿Cómo entiende usted este 'fenómeno' Francisco?

Monseñor Gil: Yo he notado que algunas personas, menos centradas, estaban como queriendo descubrir en Francisco una rúbrica que apoyaba sus tesis. Y poco a poco se están dando cuenta que doctrinalmente no va a cambiar nada. Yo al Santo Padre le he dicho que esa actitud suya nos ayuda a nosotros a dar pasos, en cosas que a lo mejor no hubiéramos dado. Muchas veces la figura del obispo parece algo lejano y no, estamos viendo en la figura del Papa cómo es compatible la cercanía, la comprensión y a la vez el anuncio de la alegría del Evangelio.

Precisamente sobre la alegría del Evangelio trata la primera exhortación apostólica de Francisco

Monseñor Gil: Sí, de hecho ha habido compañeros que han subrayado mucho que la exhortación está siendo muy acogida y llevando a mucha reflexión.

Durante la visita ad límina tienen ocasión de hablar también entre ustedes, los obispos españoles, ¿están compartiendo y hablando sobre preocupaciones, desafíos, retos...?

Monseñor Gil: Precisamente el Santo Padre nos ha hecho retrasar la Plenaria una semana y es una Plenaria en la que habrá elecciones. Una preocupación mía, y se la he expuesto al Santo Padre, es que no existiera una comisión específica para la familia en la CEE. El Papa se ha sorprendido cuando se lo he dicho; él también nos ha compartido esta mañana su preocupación por la familia. En mi opinión hablar y cuidar la familia es el puente y la conexión que nos une con los fieles. También en el encuentro

con el prefecto de la Congregación para los obispos, un compañero ha dicho que quizá estamos haciendo documentos perfectos sobre matrimonio y familia pero no lo suficientemente directos, perfectos en formulación pero quizá no llegan a la gente.



Delegación de Juventud

ENCUENTRO DIOCESANO DE ADOLESCENTES

El próximo día 8 de marzo vamos a celebrar el Encuentro Diocesano de Adolescentes. Este año corresponde realizarlo en Burgos y el arciprestazgo que nos acoge es el Arciprestazgo de Gamonal. Con el equipo arciprestal de pastoral juvenil de Gamonal, hemos organizado este encuentro que tiene como hilo conductor el Camino de Santiago y que tiene como lema “Liando”. El lugar del encuentro es el colegio de las MM. Concepcionistas. Te animamos a que propongamos entre los adolescentes con los que trabajas este encuentro.

En la convocatoria para este encuentro están llamados los alumnos de secundaria, independientemente del momento en que se encuentren de la iniciación cristiana. En este curso ha dado los primeros pasos la propuesta de pastoral con adolescentes con el nuevo proceso de la iniciación cristiana. En esta propuesta, las parroquias de S. Pedro y S. Felices, S. Pablo, S. Juan Evangelista, S. Lesmes, Sta. Águeda, Real y Antigua, Sta. María de Briviesca, S. Martín de Porres. Sta. Cruz de Medina de Pomar y S. Rafael, están formando el equipo de trabajo con el que vamos desarrollando una serie de temas, vamos profundizando en herramientas como la revisión de vida y el proyecto personal de vida para comenzar a tratar con los adolescentes y aquellas necesidades que vamos viendo. Hay varias parroquias que están como observadoras de este equipo que hemos iniciado. El objetivo es acompañar a los adolescentes para que lleguen a ser cristianos maduros.

Algunos aspectos concretos de este encuentro:

- La fecha límite de inscripción es el 25 de febrero (hemos puesto esta fecha teniendo en cuenta el puente de carnaval).

- Las inscripciones se hacen desde el correo que tienes indicado en el tríptico.
- La colaboración para el encuentro son 2 euros. Para quien vaya al musical son 6.
- El encuentro termina con la puesta en escena del testimonio de vida de una adolescente italiana: Chiara Badano, que ya ha sido declarada beata. En el tríptico tienes algún detalle más. La puesta en escena correo a cargo de un grupo de jóvenes focolares de distintos puntos de España, algunos de ellos de Burgos. La sesión de las 5,30 está abierta a todos los públicos. Los que van al encuentro tienen un descuento especial tendremos unas plazas reservadas.
- El día del encuentro puedes hacer el pago de los dos euros de las inscripciones cuando recojas las acreditaciones. El dinero del musical lo tendrás que abonar antes, cuando mandes el correo de las inscripciones te indicaremos cómo.
- Todos pasan por todos los talleres y cada uno traemos nuestra comida.

Recibe un cordial saludo de todos los que estamos detrás de este encuentro:

AGUSTÍN BURGOS-ASURMENDI
Delegado de Infancia y Juventud



Noticias de interés

NOTICIAS DIOCESANAS

- De la vida de nuestra Cartuja de Miraflores apenas si sabemos nada. Todos admiramos la belleza del arte en su imponente retablo, en su museo... ¿Y del misterio de sus adentros? ¿de sus 18 monjes? ¿de su vida escondida en Dios? Ellos no hablan ni pretenden que se hable de ellos. Pero en este último período se han sucedido dos hechos que a todos nos deben llenar de alegría. El pasado día 1 de febrero tomó el hábito cartujano Fr. Jesús García de León, joven sacerdote de Madrid, muy vinculado al Monasterio de Clarisas de Belorado. Jesús ingresó en la Cartuja de Miraflores el día 12 de octubre, fiesta del Pilar, tras un tiempo de maduración y discernimiento. Hoy por hoy se le ve feliz y dispuesto, como el resto de hermanos cartujos, a ser ofrenda viva en el anonimato al Señor, en beneficio de la Iglesia. Las fotos reflejan dos momentos de la ceremonia de la Toma de Hábito: a la izquierda, de pie, escuchando atentamente las palabras del



P. Prior y rodeado de la comunidad; y a la derecha, con sus padres, felices de ver a su hijo feliz. Señalar también que el día 5 del pasado mes de enero se vivió otro momento idéntico en el que el protagonista fue Fr. Juan María, joven madrileño. Para los dos y para la comunidad de Cartujos, nuestro agradecimiento sincero por el bien que hacen a la Iglesia y nuestra felicitación sincera.

- El Cursillo de Cristiandad Nº 231 de la Diócesis de Burgos, cuya celebración estaba prevista para los días 21, 22 y 23 de marzo de 2014, adelanta su fecha... Se realizará los días 14, 15 y 16 de marzo de 2014 en el Monasterio de San Pedro Cardeña.
- Los días 18 y 25 de febrero, en el Salón de *Cajacírculo* (Pza. España 3) se celebraron las XIII JORNADAS DE DIVULGACIÓN DE LA DOCTRINA SOCIAL DE LA IGLESIA con el lema “*El desafío del hambre*”. En dichas Jornadas intervinieron D. Jeromo Aguado Martínez, campesino, miembro de Vía Campesina e impulsor de la Universidad Rural Paulo Freire y D. Juan Souto Coelho, Universidad Pontificia Salamanca (Madrid).
- Durante los días 14-16 de marzo tendrá lugar en la Casa de Espiritualidad “Santa María de Nazaret” de Palencia una tanda de Ejercicios Espirituales para catequistas de la Región del Duero que serán dirigidos por Juan Carlos Plaza Pérez, Delegado Diocesano de Catequesis (Valladolid). Tfno. de contacto: 628 915 705
- Desde el Boletín queremos felicitar a D. Fernando Sebastián Aguilar por su elección y nombramiento de Cardenal. Tenemos razones sobradas para ello. También nuestra Diócesis se benefició últimamente de su lúcido magisterio.



Comunicados eclesiales

Santo Padre



I

MENSAJE PARA LA CUARESMA 2014

*Se hizo pobre para enriquecernos
con su pobreza (2 Cor 8, 9)*

Con ocasión de la Cuaresma os propongo algunas reflexiones, a fin de que os sirvan para el camino personal y comunitario de conversión. Comienzo recordando las palabras de san Pablo: «Pues conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, el cual, siendo rico, se hizo pobre por vosotros para enriqueceros con su pobreza» (2 Cor 8, 9). El Apóstol se dirige a los cristianos de Corinto para alentarlos a ser generosos y ayudar a los fieles de Jerusalén que pasan necesidad. ¿Qué nos dicen, a los cristianos de hoy, estas palabras de san Pablo? ¿Qué nos dice hoy, a nosotros, la invitación a la pobreza, a una vida pobre en sentido evangélico?

La gracia de Cristo

Ante todo, nos dicen cuál es el estilo de Dios. Dios no se revela mediante el poder y la riqueza del mundo, sino mediante la debilidad y la pobreza: «Siendo rico, se hizo pobre por vosotros...». Cristo, el Hijo eterno de Dios, igual al Padre en poder y gloria, se hizo pobre; descendió en medio de nosotros, se acercó a cada uno de nosotros; se desnudó, se “vacío”, para ser en todo semejante a nosotros (cfr. Flp 2, 7; Heb 4, 15). ¡Qué gran misterio la encarnación de Dios! La razón de todo esto es el amor divino, un amor que es gracia, generosidad, deseo de proximidad, y que no duda en darse y sa-

crificarse por las criaturas a las que ama. La caridad, el amor es compartir en todo la suerte del amado. El amor nos hace semejantes, crea igualdad, derriba los muros y las distancias. Y Dios hizo esto con nosotros. Jesús, en efecto, «trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, obró con voluntad de hombre, amó con corazón de hombre. Nacido de la Virgen María, se hizo verdaderamente uno de nosotros, en todo semejante a nosotros excepto en el pecado» (Conc. Ecum. Vat. II, Const. past. *Gaudium et spes*, 22).

La finalidad de Jesús al hacerse pobre no es la pobreza en sí misma, sino –dice san Pablo– «...para enriqueceros con su pobreza». No se trata de un juego de palabras ni de una expresión para causar sensación. Al contrario, es una síntesis de la lógica de Dios, la lógica del amor, la lógica de la Encarnación y la Cruz. Dios no hizo caer sobre nosotros la salvación desde lo alto, como la limosna de quien da parte de lo que para él es superfluo con aparente piedad filantrópica. ¡El amor de Cristo no es esto! Cuando Jesús entra en las aguas del Jordán y se hace bautizar por Juan el Bautista, no lo hace porque necesita penitencia, conversión; lo hace para estar en medio de la gente, necesitada de perdón, entre nosotros, pecadores, y cargar con el peso de nuestros pecados. Este es el camino que ha elegido para consolarnos, salvarnos, liberarnos de nuestra miseria. Nos sorprende que el Apóstol diga que fuimos liberados no por medio de la riqueza de Cristo, sino por medio de su pobreza. Y, sin embargo, san Pablo conoce bien la «riqueza insondable de Cristo» (Ef 3, 8), «heredero de todo» (Heb 1, 2).

¿Qué es, pues, esta pobreza con la que Jesús nos libera y nos enriquece? Es precisamente su modo de amarnos, de estar cerca de nosotros, como el buen samaritano que se acerca a ese hombre que todos habían abandonado medio muerto al borde del camino (cfr. Lc 10, 25ss). Lo que nos da verdadera libertad, verdadera salvación y verdadera felicidad es su amor lleno de compasión, de ternura, que quiere compartir con nosotros. La pobreza de Cristo que nos enriquece consiste en el hecho que se hizo carne, cargó con nuestras debilidades y nuestros pecados, comunicándonos la misericordia infinita de Dios. La pobreza de Cristo es la mayor riqueza: la riqueza de Jesús es su confianza ilimitada en Dios Padre, es encomendarse a Él en todo momento, buscando siempre y solamente su voluntad y su gloria. Es rico como lo es un niño que se siente amado por sus padres y los ama, sin dudar ni un instante de su amor y su ternura. La riqueza de Jesús radica en el hecho de ser el Hijo, su relación única con el Padre es la prerrogativa soberana de este Mesías pobre. Cuando Jesús nos invita a tomar su “yugo llevadero”, nos invita a enriquecernos con esta “rica pobreza” y “pobre riqueza” suyas, a compartir con Él su espíritu filial y fraterno, a convertirnos en hijos en el Hijo, hermanos en el Hermano Primogénito (cfr Rom 8, 29).

Se ha dicho que la única verdadera tristeza es no ser santos (L. Bloy); podríamos decir también que hay una única verdadera miseria: no vivir como hijos de Dios y hermanos de Cristo.

Nuestro testimonio

Podríamos pensar que este “camino” de la pobreza fue el de Jesús, mientras que nosotros, que venimos después de Él, podemos salvar el mundo con los medios humanos adecuados. No es así. En toda época y en todo lugar, Dios sigue salvando a los hombres y salvando el mundo mediante la pobreza de Cristo, el cual se hace pobre en los Sacramentos, en la Palabra y en su Iglesia, que es un pueblo de pobres. La riqueza de Dios no puede pasar a través de nuestra riqueza, sino siempre y solamente a través de nuestra pobreza, personal y comunitaria, animada por el Espíritu de Cristo.

A imitación de nuestro Maestro, los cristianos estamos llamados a mirar las miserias de los hermanos, a tocarlas, a hacernos cargo de ellas y a realizar obras concretas a fin de aliviarlas. La miseria no coincide con la pobreza; la miseria es la pobreza sin confianza, sin solidaridad, sin esperanza. Podemos distinguir tres tipos de miseria: la miseria material, la miseria moral y la miseria espiritual. La miseria material es la que habitualmente llamamos pobreza y toca a cuantos viven en una condición que no es digna de la persona humana: privados de sus derechos fundamentales y de los bienes de primera necesidad como la comida, el agua, las condiciones higiénicas, el trabajo, la posibilidad de desarrollo y de crecimiento cultural. Frente a esta miseria la Iglesia ofrece su servicio, su diakonía, para responder a las necesidades y curar estas heridas que desfiguran el rostro de la humanidad. En los pobres y en los últimos vemos el rostro de Cristo; amando y ayudando a los pobres amamos y servimos a Cristo. Nuestros esfuerzos se orientan asimismo a encontrar el modo de que cesen en el mundo las violaciones de la dignidad humana, las discriminaciones y los abusos, que, en tantos casos, son el origen de la miseria. Cuando el poder, el lujo y el dinero se convierten en ídolos, se anteponen a la exigencia de una distribución justa de las riquezas. Por tanto, es necesario que las conciencias se conviertan a la justicia, a la igualdad, a la sobriedad y al compartir.

No es menos preocupante la miseria moral, que consiste en convertirse en esclavos del vicio y del pecado. ¡Cuántas familias viven angustiadas porque alguno de sus miembros –a menudo joven– tiene dependencia del alcohol, las drogas, el juego o la pornografía! ¡Cuántas personas han perdido el sentido de la vida, están privadas de perspectivas para el futuro y han perdido

la esperanza! Y cuántas personas se ven obligadas a vivir esta miseria por condiciones sociales injustas, por falta de un trabajo, lo cual les priva de la dignidad que da llevar el pan a casa, por falta de igualdad respecto de los derechos a la educación y la salud. En estos casos la miseria moral bien podría llamarse casi suicidio incipiente. Esta forma de miseria, que también es causa de ruina económica, siempre va unida a la miseria espiritual, que nos golpea cuando nos alejamos de Dios y rechazamos su amor. Si consideramos que no necesitamos a Dios, que en Cristo nos tiende la mano, porque pensamos que nos bastamos a nosotros mismos, nos encaminamos por un camino de fracaso. Dios es el único que verdaderamente salva y libera.

El Evangelio es el verdadero antídoto contra la miseria espiritual: en cada ambiente el cristiano está llamado a llevar el anuncio liberador de que existe el perdón del mal cometido, que Dios es más grande que nuestro pecado y nos ama gratuitamente, siempre, y que estamos hechos para la comunión y para la vida eterna. ¡El Señor nos invita a anunciar con gozo este mensaje de misericordia y de esperanza! Es hermoso experimentar la alegría de extender esta buena nueva, de compartir el tesoro que se nos ha confiado, para consolar los corazones afligidos y dar esperanza a tantos hermanos y hermanas sumidos en el vacío. Se trata de seguir e imitar a Jesús, que fue en busca de los pobres y los pecadores como el pastor con la oveja perdida, y lo hizo lleno de amor. Unidos a Él, podemos abrir con valentía nuevos caminos de evangelización y promoción humana.

Queridos hermanos y hermanas, que este tiempo de Cuaresma encuentre a toda la Iglesia dispuesta y solícita a la hora de testimoniar a cuantos viven en la miseria material, moral y espiritual el mensaje evangélico, que se resume en el anuncio del amor del Padre misericordioso, listo para abrazar en Cristo a cada persona. Podremos hacerlo en la medida en que nos conformemos a Cristo, que se hizo pobre y nos enriqueció con su pobreza. La Cuaresma es un tiempo adecuado para despojarse; y nos hará bien preguntarnos de qué podemos privarnos a fin de ayudar y enriquecer a otros con nuestra pobreza. No olvidemos que la verdadera pobreza duele: no sería válido un despojo sin esta dimensión penitencial. Desconfío de la limosna que no cuesta y no duele.

Que el Espíritu Santo, gracias al cual «[somos] como pobres, pero que enriquecen a muchos; como necesitados, pero poseyéndolo todo» (2 Cor 6, 10), sostenga nuestros propósitos y fortalezca en nosotros la atención y la responsabilidad ante la miseria humana, para que seamos misericordiosos y agentes de misericordia. Con este deseo, aseguro mi oración por todos los creyentes. Que cada comunidad eclesial recorra provechosamente el camino cuaresmal. Os pido que recéis por mí. Que el Señor os bendiga y la Virgen os guarde.

II

AUDIENCIA GENERAL

(Plaza de San Pedro, 29-1-2014)

En esta tercera catequesis sobre los sacramentos nos detenemos en la Confirmación, que se entiende en continuidad con el Bautismo, al cual está vinculado de modo inseparable. Estos dos sacramentos, juntamente con la Eucaristía, forman un único evento salvífico, que se llama –«iniciación cristiana»–, en el que somos introducidos en Jesucristo muerto y resucitado, y nos convertimos en nuevas creaturas y miembros de la Iglesia. He aquí por qué en los orígenes estos tres sacramentos se celebraban en un único momento, al término del camino catecumenal, normalmente en la Vigilia pascual. Así se sellaba el itinerario de formación y de inserción gradual en la comunidad cristiana que podía durar incluso algunos años. Se hacía paso a paso para llegar al Bautismo, luego a la Confirmación y a la Eucaristía.

Comúnmente [en italiano] se habla de sacramento de la «Cresima», palabra que significa «unción». Y, en efecto, a través del óleo llamado «sagrado Crisma» somos conformados, con el poder del Espíritu, a Jesucristo, quien es el único auténtico «ungido», el «Mesías», el Santo de Dios. El término «Confirmación» nos recuerda luego que este sacramento aporta un crecimiento de la gracia bautismal: nos une más firmemente a Cristo; conduce a su realización nuestro vínculo con la Iglesia; nos concede una fuerza especial del Espíritu Santo para difundir y defender la fe, para confesar el nombre de Cristo y para no avergonzarnos nunca de su cruz (cf. Catecismo de la Iglesia católica, n. 1303).

Por esto es importante estar atentos para que nuestros niños, nuestros muchachos, reciban este sacramento. Todos nosotros estamos atentos de que sean bautizados y esto es bueno, pero tal vez no estamos muy atentos a que reciban la Confirmación. De este modo quedarán a mitad de camino y no recibirán el Espíritu Santo, que es tan importante en la vida cristiana, porque nos da la fuerza para seguir adelante. Pensemos un poco, cada uno de nosotros: ¿tenemos de verdad la preocupación de que nuestros niños, nuestros chavales reciban la Confirmación? Esto es importante, es importante. Y si vosotros, en vuestra casa, tenéis niños, muchachos, que aún no la han recibido y tienen la edad para recibirla, haced todo lo posible para que lleven a término su iniciación cristiana y reciban la fuerza del Espíritu Santo. ¡Es importante!

Naturalmente es importante ofrecer a los confirmandos una buena preparación, que debe estar orientada a conducirlos hacia una adhesión personal a la fe en Cristo y a despertar en ellos el sentido de pertenencia a la Iglesia.

La Confirmación, como cada sacramento, no es obra de los hombres, sino de Dios, quien se ocupa de nuestra vida para modelarnos a imagen de su Hijo, para hacernos capaces de amar como Él. Lo hace infundiendo en nosotros su Espíritu Santo, cuya acción impregna a toda la persona y toda la vida, como se trasluce de los siete dones que la Tradición, a la luz de la Sagrada Escritura, siempre ha evidenciado. Estos siete dones: no quiero preguntaros si os recordáis de los siete dones. Tal vez todos los sabéis... Pero los digo en vuestro nombre. ¿Cuáles son estos dones? Sabiduría, inteligencia, consejo, fortaleza, ciencia, piedad y temor de Dios. Y estos dones nos han sido dados precisamente con el Espíritu Santo en el sacramento de la Confirmación. A estos dones quiero dedicar las catequesis que seguirán luego de los sacramentos.

Cuando acogemos el Espíritu Santo en nuestro corazón y lo dejamos obrar, Cristo mismo se hace presente en nosotros y toma forma en nuestra vida; a través de nosotros, será Él, Cristo mismo, quien reza, perdona, infunde esperanza y consuelo, sirve a los hermanos, se hace cercano a los necesitados y a los últimos, crea comunión, siembra paz. Pensad cuán importante es esto: por medio del Espíritu Santo, Cristo mismo viene a hacer todo esto entre nosotros y por nosotros. Por ello es importante que los niños y los muchachos reciban el sacramento de la Confirmación.

Queridos hermanos y hermanas, recordemos que hemos recibido la Confirmación. ¡Todos nosotros! Recordémoslo ante todo para dar gracias al Señor por este don, y, luego, para pedirle que nos ayude a vivir como cristianos auténticos, a caminar siempre con alegría conforme al Espíritu Santo que se nos ha dado.



III

DISCURSO A LOS REPRESENTANTES DEL CAMINO NEOCATECUMENAL

(Aula Paolo VI, 1-2-2014)

Doy gracias al Señor por la alegría de vuestra fe y por el ardor de vuestro testimonio cristiano, ¡gracias a Dios! Os saludo a todos cordialmente, iniciando por el equipo responsable internacional del Camino neocatecumenal, junto con los sacerdotes, seminaristas y catequistas. Dirijo un saludo lleno de afecto a los niños, aquí presentes en gran número. Mi pensamiento se dirige de modo especial a las familias, que irán a las diversas partes del mundo a anunciar y testimoniar el Evangelio. La Iglesia os agradece vuestra generosidad. Os doy las gracias por todo lo que hacéis en la Iglesia y en el mundo.

Y precisamente en nombre de la Iglesia, nuestra Madre –nuestra Santa Madre Iglesia, jerárquica como le gustaba decir a san Ignacio de Loyola–, en nombre de la Iglesia quisiera proponeros algunas sencillas recomendaciones. La primera es la de tener el máximo cuidado para construir y conservar la comunión en el seno de las Iglesias particulares donde irán a trabajar. El Camino tiene un carisma propio, una dinámica propia, un don que como todos los dones del Espíritu tiene una profunda dimensión eclesial; esto significa ponerse a la escucha de la vida de las Iglesias a las que vuestros responsables os envían, valorizar sus riquezas, sufrir por las debilidades si es necesario y caminar juntos como un único rebaño, bajo la guía de los Pastores de las Iglesias locales. La comunión es esencial: a veces puede ser mejor renunciar a vivir en todos los detalles lo que vuestro itinerario exigiría a fin de garantizar la unidad entre los hermanos que forman la única comunidad eclesial, de la que siempre tenéis que sentir os parte.

Otra indicación: adondequiera que vayáis, os hará bien pensar que el Espíritu de Dios siempre llega antes que nosotros. Esto es importante: ¡El Señor siempre nos precede! Pensad en Felipe, cuando el Señor le envía por el camino donde encuentra a un administrador sentado en su carroza (cf. Hch 8, 27-28). El Espíritu llegó antes: él leía al profeta Isaías y no comprendía, pero su corazón ardía. Así, cuando Felipe se le acerca, él está preparado para la catequesis y para el Bautismo. El Espíritu nos precede siempre. ¡Dios siempre llega antes que nosotros! Incluso en los sitios más remotos, también en las culturas más diversas, Dios esparce por doquier las semillas de su Palabra. De aquí brota la necesidad de una especial

atención al contexto cultural en el que vosotras, familias, iréis a trabajar: se trata de un ambiente a menudo muy diferente del que provenís. Muchos de vosotros se esforzarán por aprender el idioma local, a veces difícil, y este esfuerzo se aprecia. Mucho más importante será vuestro compromiso por «aprender» las culturas que encontraréis, sabiendo reconocer la necesidad del Evangelio presente en todo lugar, pero también la acción que el Espíritu Santo ha realizado en la vida y en la historia de cada pueblo.

Y por último, os exhorto a cuidaros con amor unos a otros, de modo particular a los más débiles. El Camino neocatecumenal, como itinerario para descubrir el propio Bautismo, es un camino exigente, a lo largo del cual un hermano o una hermana pueden encontrar dificultades imprevistas. En estos casos ejercitar la paciencia y la misericordia por parte de la comunidad es signo de madurez en la fe. No se debe forzar la libertad de cada uno, y hay que respetar también la eventual elección de quien decidiera buscar, fuera del Camino, otras formas de vida cristiana que le ayuden a crecer en su respuesta a la llamada del Señor.

Queridas familias, queridos hermanos y hermanas, os aliento a llevar el Evangelio de Jesucristo a todas partes, incluso a los ambientes más des-cristianizados, especialmente a las periferias existenciales. Evangelizad con amor, llevad a todos el amor de Dios. Decid a quienes encontraréis en los caminos de vuestra misión que Dios ama al hombre así como es, incluso con sus límites, con sus errores, también con sus pecados. Por esto envió a su Hijo, para que Él cargara sobre sí nuestros pecados. Sed mensajeros y testigos de la infinita bondad y de la inagotable misericordia del Padre.

Os confío a nuestra Madre, María, para que inspire y sostenga siempre vuestro apostolado. En la escuela de esta tierna Madre sed misioneros celosos y alegres. No perdáis la alegría, ¡adelante!



IV

HOMILÍA EN LA FIESTA DE LA PRESENTACIÓN DEL SEÑOR XVIII JORNADA DE LA VIDA CONSAGRADA

(Basílica Vaticana, 2-2-2014)

La fiesta de la Presentación de Jesús en el templo es llamada también fiesta del encuentro: en la liturgia, se dice al inicio que Jesús va al encuentro de su pueblo, es el encuentro entre Jesús y su pueblo; cuando María y José llevaron a su niño al Templo de Jerusalén, tuvo lugar el primer encuentro entre Jesús y su pueblo, representado por los dos ancianos Simeón y Ana.

Ese fue un encuentro en el seno de la historia del pueblo, un encuentro entre los jóvenes y los ancianos: los jóvenes eran María y José, con su recién nacido; y los ancianos eran Simeón y Ana, dos personajes que frecuentaban siempre el Templo.

Observemos lo que el evangelista Lucas nos dice de ellos, cómo les describe. De la Virgen y san José repite cuatro veces que querían cumplir lo que estaba prescrito por la Ley del Señor (cf. Lc 2, 22.23.24.27). Se entiende, casi se percibe, que los padres de Jesús tienen la alegría de observar los preceptos de Dios, sí, la alegría de caminar en la Ley del Señor. Son dos recién casados, apenas han tenido a su niño, y están totalmente animados por el deseo de realizar lo que está prescrito. Esto no es un hecho exterior, no es para sentirse bien, ¡no! Es un deseo fuerte, profundo, lleno de alegría. Es lo que dice el Salmo: «Mi alegría es el camino de tus preceptos... Tu ley será mi delicia (119, 14.77).

¿Y qué dice san Lucas de los ancianos? Destaca más de una vez que eran conducidos por el Espíritu Santo. De Simeón afirma que era un hombre justo y piadoso, que aguardaba el consuelo de Israel, y que «el Espíritu Santo estaba con él» (2, 25); dice que «el Espíritu Santo le había revelado» que antes de morir vería al Cristo, al Mesías (v. 26); y por último que fue al Templo «impulsado por el Espíritu» (v. 27). De Ana dice luego que era una «profetisa» (v. 36), es decir, inspirada por Dios; y que estaba siempre en el Templo «sirviendo a Dios con ayunos y oraciones» (v. 37). En definitiva, estos dos ancianos están llenos de vida. Están llenos de vida porque están animados por el Espíritu Santo, dóciles a su acción, sensibles a sus peticiones...

He aquí el encuentro entre la Sagrada Familia y estos dos representantes del pueblo santo de Dios. En el centro está Jesús. Es Él quien

mueve a todos, quien atrae a unos y a otros al Templo, que es la casa de su Padre.

Es un encuentro entre los jóvenes llenos de alegría al cumplir la Ley del Señor y los ancianos llenos de alegría por la acción del Espíritu Santo. Es un singular encuentro entre observancia y profecía, donde los jóvenes son los observantes y los ancianos son los proféticos. En realidad, si reflexionamos bien, la observancia de la Ley está animada por el Espíritu mismo, y la profecía se mueve por la senda trazada por la Ley. ¿Quién está más lleno del Espíritu Santo que María? ¿Quién es más dócil que ella a su acción?

A la luz de esta escena evangélica miremos a la vida consagrada como un encuentro con Cristo: es Él quien viene a nosotros, traído por María y José, y somos nosotros quienes vamos hacia Él, conducidos por el Espíritu Santo. Pero en el centro está Él. Él lo mueve todo, Él nos atrae al Templo, a la Iglesia, donde podemos encontrarle, reconocerle, acogerle y abrazarle.

Jesús viene a nuestro encuentro en la Iglesia a través del carisma fundacional de un Instituto: ¡es hermoso pensar así nuestra vocación! Nuestro encuentro con Cristo tomó su forma en la Iglesia mediante el carisma de un testigo suyo, de una testigo suya. Esto siempre nos asombra y nos lleva a dar gracias.

Y también en la vida consagrada se vive el encuentro entre los jóvenes y los ancianos, entre observancia y profecía. No lo veamos como dos realidades contrarias. Dejemos más bien que el Espíritu Santo anime a ambas, y el signo de ello es la alegría: la alegría de observar, de caminar en la regla de vida; y la alegría de ser conducidos por el Espíritu, nunca rígidos, nunca cerrados, siempre abiertos a la voz de Dios que habla, que abre, que conduce, que nos invita a ir hacia el horizonte.

Hace bien a los ancianos comunicar la sabiduría a los jóvenes; y hace bien a los jóvenes recoger este patrimonio de experiencia y de sabiduría, y llevarlo adelante, no para custodiarlo en un museo, sino para llevarlo adelante afrontando los desafíos que la vida nos presenta, llevarlo adelante por el bien de las respectivas familias religiosas y de toda la Iglesia.

Que la gracia de este misterio, el misterio del encuentro, nos ilumine y nos consuele en nuestro camino. Amén.



V

AUDIENCIA GENERAL

(Plaza de San Pedro, 5-2-2014)

Hoy os hablaré de la Eucaristía. La Eucaristía se sitúa en el corazón de la «iniciación cristiana», juntamente con el Bautismo y la Confirmación, y constituye la fuente de la vida misma de la Iglesia. De este sacramento del amor, en efecto, brota todo auténtico camino de fe, de comunión y de testimonio.

Lo que vemos cuando nos reunimos para celebrar la Eucaristía, la misa, nos hace ya intuir lo que estamos por vivir. En el centro del espacio destinado a la celebración se encuentra el altar, que es una mesa, cubierta por un mantel, y esto nos hace pensar en un banquete. Sobre la mesa hay una cruz, que indica que sobre ese altar se ofrece el sacrificio de Cristo: es Él el alimento espiritual que allí se recibe, bajo los signos del pan y del vino. Junto a la mesa está el ambón, es decir, el lugar desde el que se proclama la Palabra de Dios: y esto indica que allí se reúnen para escuchar al Señor que habla mediante las Sagradas Escrituras, y, por lo tanto, el alimento que se recibe es también su Palabra.

Palabra y pan en la misa se convierten en una sola cosa, como en la Última Cena, cuando todas las palabras de Jesús, todos los signos que realizó, se condensaron en el gesto de partir el pan y ofrecer el cáliz, anticipo del sacrificio de la cruz, y en aquellas palabras: «Tomad, comed, éste es mi cuerpo... Tomad, bebed, ésta es mi sangre».

El gesto de Jesús realizado en la Última Cena es la gran acción de gracias al Padre por su amor, por su misericordia. «Acción de gracias» en griego se dice «eucaristía». Y por ello el sacramento se llama Eucaristía: es la suprema acción de gracias al Padre, que nos ha amado tanto que nos dio a su Hijo por amor. He aquí por qué el término Eucaristía resume todo ese gesto, que es gesto de Dios y del hombre juntamente, gesto de Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre.

Por lo tanto, la celebración eucarística es mucho más que un simple banquete: es precisamente el memorial de la Pascua de Jesús, el misterio central de la salvación. «Memorial» no significa sólo un recuerdo, un simple recuerdo, sino que quiere decir que cada vez que celebramos este sacramento participamos en el misterio de la pasión, muerte y resurrección de Cristo. La Eucaristía constituye la cumbre de la acción de salvación de Dios: el Señor Jesús, haciéndose pan partido por nosotros, vuelca, en efec-

to, sobre nosotros toda su misericordia y su amor, de tal modo que renueva nuestro corazón, nuestra existencia y nuestro modo de relacionarnos con Él y con los hermanos. Es por ello que comúnmente, cuando nos acercamos a este sacramento, decimos «recibir la Comunión», «comulgar»: esto significa que en el poder del Espíritu Santo, la participación en la mesa eucarística nos conforma de modo único y profundo a Cristo, haciéndonos pregonar ya ahora la plena comunión con el Padre que caracterizará el banquete celestial, donde con todos los santos tendremos la alegría de contemplar a Dios cara a cara.

Queridos amigos, no agradeceremos nunca bastante al Señor por el don que nos ha hecho con la Eucaristía. Es un don tan grande y, por ello, es tan importante ir a misa el domingo. Ir a misa no sólo para rezar, sino para recibir la Comunión, este pan que es el cuerpo de Jesucristo que nos salva, nos perdona, nos une al Padre. ¡Es hermoso hacer esto! Y todos los domingos vamos a misa, porque es precisamente el día de la resurrección del Señor. Por ello el domingo es tan importante para nosotros. Y con la Eucaristía sentimos precisamente esta pertenencia a la Iglesia, al Pueblo de Dios, al Cuerpo de Dios, a Jesucristo. No acabaremos nunca de entender todo su valor y riqueza. Pidámosle, entonces, que este sacramento siga manteniendo viva su presencia en la Iglesia y que plasme nuestras comunidades en la caridad y en la comunión, según el corazón del Padre. Y esto se hace durante toda la vida, pero se comienza a hacerlo el día de la primera Comunión. Es importante que los niños se preparen bien para la primera Comunión y que cada niño la reciba, porque es el primer paso de esta pertenencia fuerte a Jesucristo, después del Bautismo y la Confirmación.



VI

MENSAJE PARA LA XXIX JORNADA MUNDIAL DE LA JUVENTUD 2014

*«Bienaventurados los pobres de espíritu,
porque de ellos es el reino de los cielos» (Mt 5,3)*

Tengo grabado en mi memoria el extraordinario encuentro que vivimos en Río de Janeiro, en la XXVIII Jornada Mundial de la Juventud.

¡Fue una gran fiesta de la fe y de la fraternidad! La buena gente brasileña nos acogió con los brazos abiertos, como la imagen de Cristo Redentor que desde lo alto del Corcovado domina el magnífico panorama de la playa de Copacabana. A orillas del mar, Jesús renovó su llamada a cada uno de nosotros para que nos convirtamos en sus discípulos misioneros, lo descubramos como el tesoro más precioso de nuestra vida y compartamos esta riqueza con los demás, los que están cerca y los que están lejos, hasta las extremas periferias geográficas y existenciales de nuestro tiempo.

La próxima etapa de la peregrinación intercontinental de los jóvenes será Cracovia, en 2016. Para marcar nuestro camino, quisiera reflexionar con vosotros en los próximos tres años sobre las Bienaventuranzas que leemos en el Evangelio de San Mateo (5,1-12). Este año comenzaremos meditando la primera de ellas: «Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos» (Mt 5,3); el año 2015: «Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios» (Mt 5,8); y por último, en el año 2016 el tema será: «Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia» (Mt 5,7).

1. La fuerza revolucionaria de las Bienaventuranzas

Siempre nos hace bien leer y meditar las Bienaventuranzas. Jesús las proclamó en su primera gran predicación, a orillas del lago de Galilea. Había un gentío tan grande, que subió a un monte para enseñar a sus discípulos; por eso, esa predicación se llama el “sermón de la montaña”. En la Biblia, el monte es el lugar donde Dios se revela, y Jesús, predicando desde el monte, se presenta como maestro divino, como un nuevo Moisés. Y ¿qué enseña? Jesús enseña el camino de la vida, el camino que Él mismo recorre, es más, que Él mismo es, y lo propone como camino para la verdadera felicidad. En toda su vida, desde el nacimiento en la gruta de Belén hasta la muerte en la cruz y la resurrección, Jesús encarnó las Bienaventuranzas. Todas las promesas del Reino de Dios se han cumplido en Él.

Al proclamar las Bienaventuranzas, Jesús nos invita a seguirle, a recorrer con Él el camino del amor, el único que lleva a la vida eterna. No es un camino fácil, pero el Señor nos asegura su gracia y nunca nos deja solos. Pobreza, aflicciones, humillaciones, lucha por la justicia, cansancios en la conversión cotidiana, dificultades para vivir la llamada a la santidad, persecuciones y otros muchos desafíos están presentes en nuestra vida. Pero, si abrimos la puerta a Jesús, si dejamos que Él esté en nuestra vida, si compartimos con Él las alegrías y los sufrimientos, experimentaremos una paz y una alegría que sólo Dios, amor infinito, puede dar.

Las Bienaventuranzas de Jesús son portadoras de una novedad revolucionaria, de un modelo de felicidad opuesto al que habitualmente nos comunican los medios de comunicación, la opinión dominante. Para la mentalidad mundana, es un escándalo que Dios haya venido para hacerse uno de nosotros, que haya muerto en una cruz. En la lógica de este mundo, los que Jesús proclama bienaventurados son considerados “perdedores”, débiles. En cambio, son exaltados el éxito a toda costa, el bienestar, la arrogancia del poder, la afirmación de sí mismo en perjuicio de los demás.

Queridos jóvenes, Jesús nos pide que respondamos a su propuesta de vida, que decidamos cuál es el camino que queremos recorrer para llegar a la verdadera alegría. Se trata de un gran desafío para la fe. Jesús no tuvo miedo de preguntar a sus discípulos si querían seguirle de verdad o si preferían irse por otros caminos (cf. Jn 6,67). Y Simón, llamado Pedro, tuvo el valor de contestar: «Señor, ¿a quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna» (Jn 6,68). Si sabéis decir “sí” a Jesús, entonces vuestra vida joven se llenará de significado y será fecunda.

2. El valor de ser felices

Pero, ¿qué significa “bienaventurados” (en griego makarioi)? Bienaventurados quiere decir felices. Decidme: ¿Buscáis de verdad la felicidad? En una época en que tantas apariencias de felicidad nos atraen, corremos el riesgo de contentarnos con poco, de tener una idea de la vida “en pequeño”. ¡Aspirad, en cambio, a cosas grandes! ¡Ensanchad vuestros corazones! Como decía el beato Piergiorgio Frassati: «Vivir sin una fe, sin un patrimonio que defender, y sin sostener, en una lucha continua, la verdad, no es vivir, sino ir tirando. Jamás debemos ir tirando, sino vivir» (Carta a I. Bonini, 27 de febrero de 1925). En el día de la beatificación de Piergiorgio Frassati, el 20 de mayo de 1990, Juan Pablo II lo llamó «hombre de las Bienaventuranzas» (Homilía en la S. Misa: AAS 82 [1990], 1518).

Si de verdad dejáis emerger las aspiraciones más profundas de vuestro corazón, os daréis cuenta de que en vosotros hay un deseo inextinguible de felicidad, y esto os permitirá desenmascarar y rechazar tantas ofertas “a bajo precio” que encontráis a vuestro alrededor. Cuando buscamos el éxito, el placer, el poseer en modo egoísta y los convertimos en ídolos, podemos experimentar también momentos de embriaguez, un falso sentimiento de satisfacción, pero al final nos hacemos esclavos, nunca estamos satisfechos, y sentimos la necesidad de buscar cada vez más. Es muy triste ver a una juventud “harta”, pero débil.

San Juan, al escribir a los jóvenes, decía: «Sois fuertes y la palabra de Dios permanece en vosotros, y habéis vencido al Maligno» (1 Jn 2,14). Los

jóvenes que escogen a Jesús son fuertes, se alimentan de su Palabra y no se “atiborran” de otras cosas. Atrevedos a ir contracorriente. Sed capaces de buscar la verdadera felicidad. Decid no a la cultura de lo provisional, de la superficialidad y del usar y tirar, que no os considera capaces de asumir responsabilidades y de afrontar los grandes desafíos de la vida.

3. Bienaventurados los pobres de espíritu...

La primera Bienaventuranza, tema de la próxima Jornada Mundial de la Juventud, declara felices a los pobres de espíritu, porque a ellos pertenece el Reino de los cielos. En un tiempo en el que tantas personas sufren a causa de la crisis económica, poner la pobreza al lado de la felicidad puede parecer algo fuera de lugar. ¿En qué sentido podemos hablar de la pobreza como una bendición?

En primer lugar, intentemos comprender lo que significa «pobres de espíritu». Cuando el Hijo de Dios se hizo hombre, eligió un camino de pobreza, de humillación. Como dice San Pablo en la Carta a los Filipenses: «Tened entre vosotros los sentimientos propios de Cristo Jesús. El cual, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios; al contrario, se despojó de sí mismo tomando la condición de esclavo, hecho semejante a los hombres» (2,5-7). Jesús es Dios que se despoja de su gloria. Aquí vemos la elección de la pobreza por parte de Dios: siendo rico, se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza (cf. 2 Cor 8,9). Es el misterio que contemplamos en el belén, viendo al Hijo de Dios en un pesebre, y después en una cruz, donde la humillación llega hasta el final.

El adjetivo griego *ptochós* (pobre) no sólo tiene un significado material, sino que quiere decir “mendigo”. Está ligado al concepto judío de *anawim*, los “pobres de Yahvé”, que evoca humildad, conciencia de los propios límites, de la propia condición existencial de pobreza. Los *anawim* se fían del Señor, saben que dependen de Él.

Jesús, como entendió perfectamente santa Teresa del Niño Jesús, en su Encarnación se presenta como un mendigo, un necesitado en busca de amor. El Catecismo de la Iglesia Católica habla del hombre como un «mendigo de Dios» (n.º 2559) y nos dice que la oración es el encuentro de la sed de Dios con nuestra sed (n.º 2560).

San Francisco de Asís comprendió muy bien el secreto de la Bienaventuranza de los pobres de espíritu. De hecho, cuando Jesús le habló en la persona del leproso y en el Crucifijo, reconoció la grandeza de Dios y su propia condición de humildad. En la oración, el Poverello pasaba horas preguntando al Señor: «¿Quién eres tú? ¿Quién soy yo?». Se despojó de una

vida acomodada y despreocupada para desposarse con la “Señora Pobreza”, para imitar a Jesús y seguir el Evangelio al pie de la letra. Francisco vivió inseparablemente la imitación de Cristo pobre y el amor a los pobres, como las dos caras de una misma moneda.

Vosotros me podríais preguntar: ¿Cómo podemos hacer que esta pobreza de espíritu se transforme en un estilo de vida, que se refleje concretamente en nuestra existencia? Os contesto con tres puntos.

Ante todo, intentad ser libres en relación con las cosas. El Señor nos llama a un estilo de vida evangélico de sobriedad, a no dejarnos llevar por la cultura del consumo. Se trata de buscar lo esencial, de aprender a despojarse de tantas cosas superfluas que nos ahogan. Desprendámonos de la codicia del tener, del dinero idolatrado y después derrochado. Pongamos a Jesús en primer lugar. Él nos puede liberar de las idolatrías que nos convierten en esclavos. ¡Fiaros de Dios, queridos jóvenes! Él nos conoce, nos ama y jamás se olvida de nosotros. Así como cuida de los lirios del campo (cfr. Mt 6,28), no permitirá que nos falte nada. También para superar la crisis económica hay que estar dispuestos a cambiar de estilo de vida, a evitar tanto derroche. Igual que se necesita valor para ser felices, también es necesario el valor para ser sobrios.

En segundo lugar, para vivir esta Bienaventuranza necesitamos la conversión en relación a los pobres. Tenemos que preocuparnos de ellos, ser sensibles a sus necesidades espirituales y materiales. A vosotros, jóvenes, os encomiendo en modo particular la tarea de volver a poner en el centro de la cultura humana la solidaridad. Ante las viejas y nuevas formas de pobreza –el desempleo, la emigración, los diversos tipos de dependencias–, tenemos el deber de estar atentos y vigilantes, venciendo la tentación de la indiferencia. Pensemos también en los que no se sienten amados, que no tienen esperanza en el futuro, que renuncian a comprometerse en la vida porque están desanimados, desilusionados, acobardados. Tenemos que aprender a estar con los pobres. No nos llenemos la boca con hermosas palabras sobre los pobres. Acerquémonos a ellos, mirémosles a los ojos, escuchémosles. Los pobres son para nosotros una ocasión concreta de encontrar al mismo Cristo, de tocar su carne que sufre.

Pero los pobres –y este es el tercer punto– no sólo son personas a las que les podemos dar algo. También ellos tienen algo que ofrecernos, que enseñarnos. ¡Tenemos tanto que aprender de la sabiduría de los pobres! Un santo del siglo XVIII, Benito José Labre, que dormía en las calles de Roma y vivía de las limosnas de la gente, se convirtió en consejero espiritual de muchas personas, entre las que figuraban nobles y prelados. En cierto sentido, los pobres son para nosotros como maestros. Nos enseñan que una persona no es valiosa por lo que posee, por lo que tiene en su cuenta en el

banco. Un pobre, una persona que no tiene bienes materiales, mantiene siempre su dignidad. Los pobres pueden enseñarnos mucho, también sobre la humildad y la confianza en Dios. En la parábola del fariseo y el publicano (cf. Lc 18,9-14), Jesús presenta a este último como modelo porque es humilde y se considera pecador. También la viuda que echa dos pequeñas monedas en el tesoro del templo es un ejemplo de la generosidad de quien, aun teniendo poco o nada, da todo (cf. Lc 21,1-4).

4. ... porque de ellos es el Reino de los cielos

El tema central en el Evangelio de Jesús es el Reino de Dios. Jesús es el Reino de Dios en persona, es el Emmanuel, Dios-con-nosotros. Es en el corazón del hombre donde el Reino, el señorío de Dios, se establece y crece. El Reino es al mismo tiempo don y promesa. Ya se nos ha dado en Jesús, pero aún debe cumplirse en plenitud. Por ello pedimos cada día al Padre: «Venga a nosotros tu reino».

Hay un profundo vínculo entre pobreza y evangelización, entre el tema de la pasada Jornada Mundial de la Juventud –«Id y haced discípulos a todos los pueblos» (Mt 28,19)– y el de este año: «Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos» (Mt 5,3). El Señor quiere una Iglesia pobre que evangelice a los pobres. Cuando Jesús envió a los Doce, les dijo: «No os procuréis en la faja oro, plata ni cobre; ni tampoco alforja para el camino; ni dos túnicas, ni sandalias, ni bastón; bien merece el obrero su sustento» (Mt 10,9-10). La pobreza evangélica es una condición fundamental para que el Reino de Dios se difunda. Las alegrías más hermosas y espontáneas que he visto en el transcurso de mi vida son las de personas pobres, que tienen poco a que aferrarse. La evangelización, en nuestro tiempo, sólo será posible por medio del contagio de la alegría.

Como hemos visto, la Bienaventuranza de los pobres de espíritu orienta nuestra relación con Dios, con los bienes materiales y con los pobres. Ante el ejemplo y las palabras de Jesús, nos damos cuenta de cuánta necesidad tenemos de conversión, de hacer que la lógica del ser más prevalezca sobre la del tener más. Los santos son los que más nos pueden ayudar a entender el significado profundo de las Bienaventuranzas. La canonización de Juan Pablo II el segundo Domingo de Pascua es, en este sentido, un acontecimiento que llena nuestro corazón de alegría. Él será el gran patrono de las JMJ, de las que fue iniciador y promotor. En la comunión de los santos seguirá siendo para todos vosotros un padre y un amigo.

El próximo mes de abril es también el trigésimo aniversario de la entrega de la Cruz del Jubileo de la Redención a los jóvenes. Precisamente a partir de ese acto simbólico de Juan Pablo II comenzó la gran peregrina-

ción juvenil que, desde entonces, continúa a través de los cinco continentes. Muchos recuerdan las palabras con las que el Papa, el Domingo de Pascua de 1984, acompañó su gesto: «Queridos jóvenes, al clausurar el Año Santo, os confío el signo de este Año Jubilar: ¡la Cruz de Cristo! Llevadla por el mundo como signo del amor del Señor Jesús a la humanidad y anunciad a todos que sólo en Cristo muerto y resucitado hay salvación y redención».

Queridos jóvenes, el Magnificat, el cántico de María, pobre de espíritu, es también el canto de quien vive las Bienaventuranzas. La alegría del Evangelio brota de un corazón pobre, que sabe regocijarse y maravillarse por las obras de Dios, como el corazón de la Virgen, a quien todas las generaciones llaman “dichosa” (cf. Lc 1,48). Que Ella, la madre de los pobres y la estrella de la nueva evangelización, nos ayude a vivir el Evangelio, a encarnar las Bienaventuranzas en nuestra vida, a atrevernos a ser felices.

Vaticano, 21 de enero de 2014, Memoria de Santa Inés, Virgen y Mártir



VII

AUDIENCIA GENERAL

(Plaza de San Pedro, 12-2-2014)

En la última catequesis destacué cómo la Eucaristía nos introduce en la comunión real con Jesús y su misterio. Ahora podemos plantearnos algunas preguntas respecto a la relación entre la Eucaristía que celebramos y nuestra vida, como Iglesia y como cristianos. ¿Cómo vivimos la Eucaristía? Cuando vamos a misa el domingo, ¿cómo la vivimos? ¿Es sólo un momento de fiesta, es una tradición consolidada, es una ocasión para encontrarnos o para sentirnos bien, o es algo más?

Hay indicadores muy concretos para comprender cómo vivimos todo esto, cómo vivimos la Eucaristía; indicadores que nos dicen si vivimos bien la Eucaristía o no la vivimos tan bien. El primer indicio es nuestro modo de mirar y considerar a los demás. En la Eucaristía Cristo vive siempre de nuevo el don de sí realizado en la Cruz. Toda su vida es un acto de total entrega de sí por amor; por ello, a Él le gustaba estar con los discípulos y con las personas que tenía ocasión de conocer. Esto significaba para Él compartir sus deseos,

sus problemas, lo que agitaba su alma y su vida. Ahora, nosotros, cuando participamos en la santa misa, nos encontramos con hombres y mujeres de todo tipo: jóvenes, ancianos, niños; pobres y acomodados; originarios del lugar y extranjeros; acompañados por familiares y solos... ¿Pero la Eucaristía que celebro, me lleva a sentirles a todos, verdaderamente, como hermanos y hermanas? ¿Hace crecer en mí la capacidad de alegrarme con quien se alegra y de llorar con quien llora? ¿Me impulsa a ir hacia los pobres, los enfermos, los marginados? ¿Me ayuda a reconocer en ellos el rostro de Jesús? Todos nosotros vamos a misa porque amamos a Jesús y queremos compartir, en la Eucaristía, su pasión y su resurrección. ¿Pero amamos, como quiere Jesús, a aquellos hermanos y hermanas más necesitados? Por ejemplo, en Roma en estos días hemos visto muchos malestares sociales o por la lluvia, que causó numerosos daños en barrios enteros, o por la falta de trabajo, consecuencia de la crisis económica en todo el mundo. Me pregunto, y cada uno de nosotros se pregunte: Yo, que voy a misa, ¿cómo vivo esto? ¿Me preocupo por ayudar, acercarme, rezar por quienes tienen este problema? ¿O bien, soy un poco indiferente? ¿O tal vez me preocupo de murmurar: Has visto cómo está vestida aquella, o cómo está vestido aquél? A veces se hace esto después de la misa, y no se debe hacer. Debemos preocuparnos de nuestros hermanos y de nuestras hermanas que pasan necesidad por una enfermedad, por un problema. Hoy, nos hará bien pensar en estos hermanos y hermanas nuestros que tienen estos problemas aquí en Roma: problemas por la tragedia provocada por la lluvia y problemas sociales y del trabajo. Pidamos a Jesús, a quien recibimos en la Eucaristía, que nos ayude a ayudarles.

Un segundo indicio, muy importante, es la gracia de sentirse perdonados y dispuestos a perdonar. A veces alguien pregunta: «¿Por qué se debe ir a la iglesia, si quien participa habitualmente en la santa misa es pecador como los demás?». ¡Cuántas veces lo hemos escuchado! En realidad, quien celebra la Eucaristía no lo hace porque se considera o quiere aparentar ser mejor que los demás, sino precisamente porque se reconoce siempre necesitado de ser acogido y regenerado por la misericordia de Dios, hecha carne en Jesucristo. Si cada uno de nosotros no se siente necesitado de la misericordia de Dios, no se siente pecador, es mejor que no vaya a misa. Nosotros vamos a misa porque somos pecadores y queremos recibir el perdón de Dios, participar en la redención de Jesús, en su perdón. El «yo confieso» que decimos al inicio no es un «pro forma», es un auténtico acto de penitencia. Yo soy pecador y lo confieso, así empieza la misa. No debemos olvidar nunca que la Última Cena de Jesús tuvo lugar «en la noche en que iba a ser entregado» (1 Cor 11, 23). En ese pan y en ese vino que ofrecemos y en torno a los cuales nos reunimos se renueva cada vez el don del cuerpo y de la sangre de Cristo para la remisión de nuestros pecados. Debemos ir a misa humildemente, como pecadores, y el Señor nos reconcilia.

Un último indicio precioso nos ofrece la relación entre la celebración eucarística y la vida de nuestras comunidades cristianas. Es necesario tener siempre presente que la Eucaristía no es algo que hacemos nosotros; no es una conmemoración nuestra de lo que Jesús dijo e hizo. No. Es precisamente una acción de Cristo. Es Cristo quien actúa allí, que está en el altar. Es un don de Cristo, quien se hace presente y nos reúne en torno a sí, para nutrirnos con su Palabra y su vida. Esto significa que la misión y la identidad misma de la Iglesia brotan de allí, de la Eucaristía, y allí siempre toman forma. Una celebración puede resultar incluso impecable desde el punto de vista exterior, bellísima, pero si no nos conduce al encuentro con Jesucristo, corre el riesgo de no traer ningún sustento a nuestro corazón y a nuestra vida. A través de la Eucaristía, en cambio, Cristo quiere entrar en nuestra existencia e impregnarla con su gracia, de tal modo que en cada comunidad cristiana exista esta coherencia entre liturgia y vida.

El corazón se llena de confianza y esperanza pensando en las palabras de Jesús citadas en el Evangelio: «El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día» (Jn 6, 54). Vivamos la Eucaristía con espíritu de fe, de oración, de perdón, de penitencia, de alegría comunitaria, de atención hacia los necesitados y hacia las necesidades de tantos hermanos y hermanas, con la certeza de que el Señor cumplirá lo que nos ha prometido: la vida eterna. Que así sea.



VIII

DISCURSO A LOS PARTICIPANTES EN LA PLENARIA DE LA CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA

(Sala Clementina, 13-2-2014)

Doy una especial bienvenida a los cardenales y a los obispos nombrados recientemente miembros de esta Congregación, y doy las gracias al cardenal prefecto por las palabras con las que ha introducido este encuentro.

Los temas que tenéis en el orden del día son arduos, como la actualización de la constitución apostólica *Sapientia christiana*, la consolidación de la identidad de las universidades católicas y la preparación de los ani-

versarios que se conmemorarán en 2015, es decir, el 50º de la declaración conciliar *Gravissimum educationis* y el 25º de la constitución apostólica *Ex corde Ecclesiae*. La educación católica es uno de los desafíos más importantes de la Iglesia, dedicada hoy en realizar la nueva evangelización en un contexto histórico y cultural en constante transformación. Desde esta perspectiva, deseo que prestéis atención a tres aspectos.

El primer aspecto se refiere al valor del diálogo en la educación. Habéis desarrollado recientemente el tema de la educación en el diálogo intercultural en la escuela católica, con la publicación de un documento específico. En efecto, las escuelas y las universidades católicas son frecuentadas por muchos alumnos no cristianos e incluso no creyentes. Las instituciones educativas católicas ofrecen a todos una propuesta educativa que mira al desarrollo integral de la persona y responde al derecho de todos a tener acceso al saber y al conocimiento. Pero de igual modo están llamadas a ofrecer a todos, con pleno respeto de la libertad de cada uno y de los métodos propios del ambiente escolástico, la propuesta cristiana, es decir, a Jesucristo como sentido de la vida, del cosmos y de la historia.

Jesús comenzó a anunciar la buena nueva en la «Galilea de las gentes», encrucijada de personas de diferentes razas, culturas y religiones. Este contexto se parece por ciertos aspectos al mundo de hoy. Los profundos cambios que han llevado a la difusión cada vez más amplia de sociedades multiculturales exigen a quienes trabajan en el sector escolar y universitario implicarse en itinerarios educativos de confrontación y diálogo, con una fidelidad valiente e innovadora que conjugue la identidad católica con las distintas «almas» de la sociedad multicultural. Pienso con aprecio en la contribución que ofrecen los institutos religiosos y las demás instituciones eclesiales mediante la fundación y la gestión de escuelas católicas en contextos de acentuado pluralismo cultural y religioso.

El segundo aspecto concierne a la preparación cualificada de los formadores. No se puede improvisar. Debemos trabajar seriamente. En el encuentro que mantuve con los superiores generales, destacué que hoy la educación se dirige a una generación que cambia y, por tanto, todo educador –y toda la Iglesia que es madre educadora– está llamado a cambiar, en el sentido de saber comunicarse con los jóvenes que tiene delante.

Quiero limitarme a recordar los rasgos de la figura del educador y de su tarea específica. Educar es un acto de amor, es dar vida. Y el amor es exigente, pide utilizar los mejores recursos, despertar la pasión y ponerse en camino con paciencia junto a los jóvenes. En las escuelas católicas el educador debe ser, ante todo, muy competente, cualificado y, al mismo tiempo, rico en humanidad, capaz de estar en medio de los jóvenes con estilo pedagógico para promover su crecimiento humano y espiritual. Los

jóvenes tienen necesidad de calidad en la enseñanza y, a la vez, de valores, no sólo enunciados sino también testimoniados. La coherencia es un factor indispensable en la educación de los jóvenes. Coherencia. No se puede hacer crecer, no se puede educar sin coherencia: coherencia, testimonio.

Por eso el educador necesita, él mismo, una formación permanente. Es imprescindible, pues, invertir para que los profesores y los directivos mantengan su profesionalidad y también su fe y la fuerza de sus motivaciones espirituales. Y también en esta formación permanente me permito sugerir la necesidad de retiros y ejercicios espirituales para los educadores. Es hermoso organizar cursos sobre este o aquel tema, pero también es necesario organizar tandas de ejercicios espirituales, retiros, para rezar. Porque la coherencia es un esfuerzo, pero, sobre todo, es un don y una gracia. Y debemos pedirla.

El último aspecto atañe a las instituciones educativas, o sea, las escuelas y las universidades católicas y eclesiales. El 50º aniversario de la declaración conciliar, el 25º de la *Ex corde Ecclesiae* y la actualización de la *Sapientia christiana* nos inducen a reflexionar seriamente sobre las numerosas instituciones formativas esparcidas por todo el mundo y sobre su responsabilidad de expresar una presencia viva del Evangelio en el campo de la educación, de la ciencia y de la cultura. Es preciso que las instituciones académicas católicas no se aislen del mundo, sino que entren con valentía en el areópago de las culturas actuales y dialoguen, conscientes del don que tienen para ofrecer a todos.

Queridos hermanos, la educación es una gran obra en construcción, en la que la Iglesia desde siempre está presente con instituciones y proyectos propios. Hoy hay que incentivar ulteriormente este compromiso en todos los niveles y renovar la tarea de todos los sujetos que actúan en ella desde la perspectiva de la nueva evangelización. En este horizonte, os doy las gracias por todo vuestro trabajo e invoco, por intercesión de la Virgen María, la constante ayuda del Espíritu Santo sobre vosotros y sobre vuestras iniciativas. Os pido por favor que recéis por mí y por mi ministerio, y de corazón os bendigo. Gracias.



IX

DISCURSO A LA PAREJAS DE NOVIOS QUE SE PREPARAN PARA EL MATRIMONIO

(Plaza de San Pedro, 14-2-2014)

1ª Pregunta: El miedo del «para siempre»

Santidad, son muchos los que hoy piensan que prometerse fidelidad para toda la vida sea una empresa demasiado difícil; muchos sienten que el desafío de vivir juntos para siempre es hermoso, fascinante, pero demasiado exigente, casi imposible. Le pedimos su palabra que nos ilumine sobre esto.

Agradezco el testimonio y la pregunta. Os explico: ellos me enviaron las preguntas con antelación. Se comprende. Así, yo pude reflexionar y pensar una respuesta un poco más sólida. Es importante preguntarse si es posible amarse «para siempre». Ésta es una pregunta que debemos hacer: ¿es posible amarse «para siempre»? Muchas personas hoy tienen miedo de hacer opciones definitivas. Un joven decía a su obispo: «Yo quiero llegar a ser sacerdote, pero sólo por diez años». Tenía miedo a una opción definitiva. Pero es un miedo general, propio de nuestra cultura. Hacer opciones para toda la vida, parece imposible. Hoy todo cambia rápidamente, nada dura largamente. Y esta mentalidad lleva a muchos que se preparan para el matrimonio a decir: «estamos juntos hasta que dura el amor», ¿y luego? Muchos saludos y nos vemos. Y así termina el matrimonio. ¿Pero qué entendemos por «amor»? ¿Sólo un sentimiento, uno estado psicofísico? Cierto, si es esto, no se puede construir sobre ello algo sólido. Pero si en cambio el amor es una relación, entonces es una realidad que crece, y podemos incluso decir, a modo de ejemplo, que se construye como una casa. Y la casa se construye juntos, no solos. Construir significa aquí favorecer y ayudar el crecimiento. Queridos novios, vosotros os estáis preparando para crecer juntos, construir esta casa, vivir juntos para siempre. No queréis fundarla en la arena de los sentimientos que van y vienen, sino en la roca del amor auténtico, el amor que viene de Dios. La familia nace de este proyecto de amor que quiere crecer como se construye una casa, que sea espacio de afecto, de ayuda, de esperanza, de apoyo. Como el amor de Dios es estable y para siempre, así también el amor que construye la familia queremos que sea estable y para siempre. Por favor, no debemos dejarnos vencer por la «cultura de lo provisional». Esta cultura que hoy nos invade a todos, esta cultura de lo provisional. ¡Esto no funciona! Por lo tanto, ¿cómo se cura

este miedo del «para siempre»? Se cura día a día, encomendándose al Señor Jesús en una vida que se convierte en un camino espiritual cotidiano, construido por pasos, pasos pequeños, pasos de crecimiento común, construido con el compromiso de llegar a ser mujeres y hombres maduros en la fe. Porque, queridos novios, el «para siempre» no es sólo una cuestión de duración. Un matrimonio no se realiza sólo si dura, sino que es importante su calidad. Estar juntos y saberse amar para siempre es el desafío de los esposos cristianos. Me viene a la mente el milagro de la multiplicación de los panes: también para vosotros el Señor puede multiplicar vuestro amor y donarlo a vosotros fresco y bueno cada día. ¡Tiene una reserva infinita de ese amor! Él os dona el amor que está en la base de vuestra unión y cada día lo renueva, lo refuerza. Y lo hace aún más grande cuando la familia crece con los hijos. En este camino es importante y necesaria la oración, siempre. Él para ella, ella para él y los dos juntos. Pedid a Jesús que multiplique vuestro amor. En la oración del Padrenuestro decimos: «Danos hoy nuestro pan de cada día». Los esposos pueden aprender a rezar también así: «Señor, danos hoy nuestro amor de cada día», porque el amor cotidiano de los esposos es el pan, el verdadero pan del alma, el que les sostiene para seguir adelante. Y la oración: ¿podemos ensayar para saber si sabemos recitarla? «Señor, danos hoy nuestro amor de cada día». ¡Todos juntos! [novios: «Señor, danos hoy nuestro amor de cada día»]. ¡Otra vez! [novios: «Señor, danos hoy nuestro amor de cada día»]. Ésta es la oración de los novios y de los esposos. ¡Enseñanos a amarnos, a querernos! Cuanto más os encomendéis a Él, tanto más vuestro amor será «para siempre», capaz de renovarse, y vencerá toda dificultad. Esto pensé deciros, respondiendo a vuestra pregunta. ¡Gracias!

2ª Pregunta: Vivir juntos: el «estilo» de la vida matrimonial

Santidad, vivir juntos todos los días es hermoso, da alegría, sostiene. Pero es un desafío que hay que afrontar. Creemos que es necesario aprender a amarse. Hay un «estilo» de la vida de la pareja, una espiritualidad de lo cotidiano que queremos aprender. ¿Puede ayudarnos en esto, Padre Santo?

Vivir juntos es un arte, un camino paciente, hermoso y fascinante. No termina cuando os habéis conquistado el uno al otro... Es más, es precisamente entonces cuando inicia. Este camino de cada día tiene normas que se pueden resumir en estas tres palabras que tú has dicho, palabras que ya he repetido muchas veces a las familias, y que vosotros ya podéis aprender a usar entre vosotros: permiso, o sea, «puedo», tú dijiste gracias, y perdón.

«¿Puedo, permiso?». Es la petición gentil de poder entrar en la vida de otro con respeto y atención. Es necesario aprender a preguntar: ¿puedo

hacer esto? ¿Te gusta si hacemos así, si tomamos esta iniciativa, si educamos así a los hijos? ¿Quieres que salgamos esta noche?.. En definitiva, pedir permiso significa saber entrar con cortesía en la vida de los demás. Pero escuchad bien esto: saber entrar con cortesía en la vida de los demás. Y no es fácil, no es fácil. A veces, en cambio, se usan maneras un poco pesadas, como ciertas botas de montaña. El amor auténtico no se impone con dureza y agresividad. En las Florecillas de san Francisco se encuentra esta expresión: «Has de saber, hermano carísimo, que la cortesía es una de las propiedades de Dios... la cortesía es hermana de la caridad, que extingue el odio y fomenta el amor» (Cap. 37). Sí, la cortesía conserva el amor. Y hoy en nuestras familias, en nuestro mundo, a menudo violento y arrogante, hay necesidad de mucha más cortesía. Y esto puede comenzar en casa.

«Gracias». Parece fácil pronunciar esta palabra, pero sabemos que no es así. ¡Pero es importante! La enseñamos a los niños, pero después la olvidamos. La gratitud es un sentimiento importante: ¿recordáis el Evangelio de Lucas? Una anciana, una vez, me decía en Buenos Aires: «la gratitud es una flor que crece en tierra noble». Es necesaria la nobleza del alma para que crezca esta flor. ¿Recordáis el Evangelio de Lucas? Jesús cura a diez enfermos de lepra y sólo uno regresa a decir gracias a Jesús. Y el Señor dice: y los otros nueve, ¿dónde están? Esto es válido también para nosotros: ¿sabemos agradecer? En vuestra relación, y mañana en la vida matrimonial, es importante tener viva la conciencia de que la otra persona es un don de Dios, y a los dones de Dios se dice ¡gracias!, siempre se da gracias. Y con esta actitud interior decirse gracias mutuamente, por cada cosa. No es una palabra gentil que se usa con los desconocidos, para ser educados. Es necesario saber decirse gracias, para seguir adelante bien y juntos en la vida matrimonial.

La tercera: «Perdón». En la vida cometemos muchos errores, muchas equivocaciones. Los cometemos todos. Pero tal vez aquí hay alguien que jamás cometió un error. Levante la mano si hay alguien allí, una persona que jamás cometió un error. Todos cometemos errores. ¡Todos! Tal vez no hay un día en el que no cometemos algún error. La Biblia dice que el más justo peca siete veces al día. Y así cometemos errores... He aquí entonces la necesidad de usar esta sencilla palabra: «perdón». En general, cada uno de nosotros es propenso a acusar al otro y a justificarse a sí mismo. Esto comenzó con nuestro padre Adán, cuando Dios le preguntó: «Adán ¿tú has comido de aquel fruto? ». «¿Yo? ¡No! Es ella quien me lo dio». Acusar al otro para no decir «disculpa », «perdón». Es una historia antigua. Es un instinto que está en el origen de muchos desastres. Aprendamos a reconocer nuestros errores y a pedir perdón. «Perdona si hoy levanté la voz»; «perdona si pasé sin saludar»; «perdona si llegué tarde», «si esta semana estuve muy silencioso», «si hablé demasiado sin nunca escuchar»; «perdona

si me olvidé»; «perdona, estaba enfadado y me la tomé contigo». Podemos decir muchos «perdón» al día. También así crece una familia cristiana. Todos sabemos que no existe la familia perfecta, y tampoco el marido perfecto, o la esposa perfecta. No hablemos de la suegra perfecta... Existimos nosotros, pecadores. Jesús, que nos conoce bien, nos enseña un secreto: no acabar jamás una jornada sin pedirse perdón, sin que la paz vuelva a nuestra casa, a nuestra familia. Es habitual reñir entre esposos, porque siempre hay algo, hemos reñido. Tal vez os habéis enfadado, tal vez voló un plato, pero por favor recordad esto: no terminar jamás una jornada sin hacer las paces. ¡Jamás, jamás, jamás! Esto es un secreto, un secreto para conservar el amor y para hacer las paces. No es necesario hacer un bello discurso. A veces un gesto así y... se crea la paz. Jamás acabar... porque si tú terminas el día sin hacer las paces, lo que tienes dentro, al día siguiente está frío y duro y es más difícil hacer las paces. Recordad bien: ¡no terminar jamás el día sin hacer las paces! Si aprendemos a pedirnos perdón y a perdonarnos mutuamente, el matrimonio durará, irá adelante. Cuando vienen a las audiencias o a misa aquí a Santa Marta los esposos ancianos que celebran el 50º aniversario, les pregunto: «¿Quién soportó a quién?» ¡Es hermoso esto! Todos se miran, me miran, y me dicen: «¡Los dos!» Y esto es hermoso. Esto es un hermoso testimonio.

3ª Pregunta: El estilo de la celebración del Matrimonio

Santidad, en estos meses estamos haciendo muchos preparativos para nuestra boda. ¿Puede darnos algún consejo para celebrar bien nuestro matrimonio?

Haced todo de modo que sea una verdadera fiesta –porque el matrimonio es una fiesta–, una fiesta cristiana, no una fiesta mundana. El motivo más profundo de la alegría de ese día nos lo indica el Evangelio de Juan: ¡recordáis el milagro de las bodas de Caná? A un cierto punto faltó el vino y la fiesta parecía arruinada. Imaginad que termina la fiesta bebiendo té. No, no funciona. Sin vino no hay fiesta. Por sugerencia de María, en ese momento Jesús se revela por primera vez y hace un signo: transforma el agua en vino y, haciendo así, salva la fiesta de bodas. Lo que sucedió en Caná hace dos mil años, sucede en realidad en cada fiesta de bodas: lo que hará pleno y profundamente auténtico vuestro matrimonio será la presencia del Señor que se revela y dona su gracia. Es su presencia la que ofrece el «vino bueno», es Él el secreto de la alegría plena, la que calienta verdaderamente el corazón. Es la presencia de Jesús en esa fiesta. Que sea una hermosa fiesta, pero con Jesús. No con el espíritu del mundo, ¡no! Esto se percibe, cuando el Señor está allí.

Al mismo tiempo, sin embargo, es bueno que vuestro matrimonio sea sobrio y ponga de relieve lo que es verdaderamente importante. Algunos están más preocupados por los signos exteriores, por el banquete, las fotos, los vestidos y las flores... Son cosas importantes en una fiesta, pero sólo si son capaces de indicar el verdadero motivo de vuestra alegría: la bendición del Señor sobre vuestro amor. Haced lo posible para que, como el vino de Caná, los signos exteriores de vuestra fiesta revelen la presencia del Señor y os recuerden a vosotros y a todos los presentes el origen y el motivo de vuestra alegría.

Pero hay algo que tú has dicho y que quiero retomar al vuelo, porque no quiero dejarlo pasar. El matrimonio es también un trabajo de todos los días, podría decir un trabajo artesanal, un trabajo de orfebrería, porque el marido tiene la tarea de hacer más mujer a su esposa y la esposa tiene la tarea de hacer más hombre a su marido. Crecer también en humanidad, como hombre y como mujer. Y esto se hace entre vosotros. Esto se llama crecer juntos. Esto no viene del aire. El Señor lo bendice, pero viene de vuestras manos, de vuestras actitudes, del modo de vivir, del modo de amaros. ¡Hacernos crecer! Siempre hacer lo posible para que el otro crezca. Trabajar por ello. Y así, no lo sé, pienso en ti que un día irás por las calles de tu pueblo y la gente dirá: «Mira aquella hermosa mujer, ¡qué fuerte!..». «Con el marido que tiene, se comprende». Y también a ti: «Mira aquél, cómo es». «Con la esposa que tiene, se comprende». Es esto, llegar a esto: hacernos crecer juntos, el uno al otro. Y los hijos tendrán esta herencia de haber tenido un papá y una mamá que crecieron juntos, haciéndose –el uno al otro– más hombre y más mujer.



X

AUDIENCIA GENERAL

(Plaza de San Pedro, 19-2-2014)

A través de los sacramentos de iniciación cristiana, el Bautismo, la Confirmación y la Eucaristía, el hombre recibe la vida nueva en Cristo. Ahora, todos lo sabemos, llevamos esta vida «en vasijas de barro» (2 Cor 4, 7), estamos aún sometidos a la tentación, al sufrimiento, a la muerte y, a

causa del pecado, podemos incluso perder la nueva vida. Por ello el Señor Jesús quiso que la Iglesia continúe su obra de salvación también hacia los propios miembros, en especial con el sacramento de la Reconciliación y la Unción de los enfermos, que se pueden unir con el nombre de «sacramentos de curación». El sacramento de la Reconciliación es un sacramento de curación. Cuando yo voy a confesarme es para sanarme, curar mi alma, sanar el corazón y algo que hice y no funciona bien. La imagen bíblica que mejor los expresa, en su vínculo profundo, es el episodio del perdón y de la curación del paralítico, donde el Señor Jesús se revela al mismo tiempo médico de las almas y los cuerpos (cf. Mc 2, 1-12; Mt 9, 1-8; Lc 5, 17-26).

El sacramento de la Penitencia y de la Reconciliación brota directamente del misterio pascual. En efecto, la misma tarde de la Pascua el Señor se aparece a los discípulos, encerrados en el cenáculo, y, tras dirigirles el saludo «Paz a vosotros», sopló sobre ellos y dijo: «Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados» (Jn 20, 21-23). Este pasaje nos descubre la dinámica más profunda contenida en este sacramento. Ante todo, el hecho de que el perdón de nuestros pecados no es algo que podamos darnos nosotros mismos. Yo no puedo decir: me perdono los pecados. El perdón se pide, se pide a otro, y en la Confesión pedimos el perdón a Jesús. El perdón no es fruto de nuestros esfuerzos, sino que es un regalo, es un don del Espíritu Santo, que nos llena de la purificación de misericordia y de gracia que brota incesantemente del corazón abierto de par en par de Cristo crucificado y resucitado. En segundo lugar, nos recuerda que sólo si nos dejamos reconciliar en el Señor Jesús con el Padre y con los hermanos podemos estar verdaderamente en la paz. Y esto lo hemos sentido todos en el corazón cuando vamos a confesarnos, con un peso en el alma, un poco de tristeza; y cuando recibimos el perdón de Jesús estamos en paz, con esa paz del alma tan bella que sólo Jesús puede dar, sólo Él.

A lo largo del tiempo, la celebración de este sacramento pasó de una forma pública –porque al inicio se hacía públicamente– a la forma personal, a la forma reservada de la Confesión. Sin embargo, esto no debe hacer perder la fuente eclesial, que constituye el contexto vital. En efecto, es la comunidad cristiana el lugar donde se hace presente el Espíritu, quien renueva los corazones en el amor de Dios y hace de todos los hermanos una cosa sola, en Cristo Jesús. He aquí, entonces, por qué no basta pedir perdón al Señor en la propia mente y en el propio corazón, sino que es necesario confesar humilde y confiadamente los propios pecados al ministro de la Iglesia. En la celebración de este sacramento, el sacerdote no representa sólo a Dios, sino a toda la comunidad, que se reconoce en la fragilidad de cada uno de sus miembros, que escucha conmovida su arrepentimiento, que se reconcilia con Él, que le alienta y le acompaña en el camino de conversión y de maduración humana y cristiana. Uno puede decir: yo me

confieso sólo con Dios. Sí, tú puedes decir a Dios «perdóname», y decir tus pecados, pero nuestros pecados son también contra los hermanos, contra la Iglesia. Por ello es necesario pedir perdón a la Iglesia, a los hermanos, en la persona del sacerdote. «Pero padre, yo me avergüenzo...». Incluso la vergüenza es buena, es salud tener un poco de vergüenza, porque avergonzarse es saludable. Cuando una persona no tiene vergüenza, en mi país decimos que es un «sinvergüenza». Pero incluso la vergüenza hace bien, porque nos hace humildes, y el sacerdote recibe con amor y con ternura esta confesión, y en nombre de Dios perdona. También desde el punto de vista humano, para desahogarse, es bueno hablar con el hermano y decir al sacerdote estas cosas, que tanto pesan a mi corazón. Y uno siente que se desahoga ante Dios, con la Iglesia, con el hermano. No tener miedo de la Confesión. Uno, cuando está en la fila para confesarse, siente todas estas cosas, incluso la vergüenza, pero después, cuando termina la Confesión sale libre, grande, hermoso, perdonado, blanco, feliz. ¡Esto es lo hermoso de la Confesión! Quisiera preguntaros –pero no lo digáis en voz alta, que cada uno responda en su corazón–: ¿cuándo fue la última vez que te confesaste? Cada uno piense en ello... ¿Son dos días, dos semanas, dos años, veinte años, cuarenta años? Cada uno haga cuentas, pero cada uno se pregunte: ¿cuándo fue la última vez que me confesé? Y si pasó mucho tiempo, no perder un día más, ve, que el sacerdote será bueno. Jesús está allí, y Jesús es más bueno que los sacerdotes, Jesús te recibe, te recibe con mucho amor. Sé valiente y ve a la Confesión.

Queridos amigos, celebrar el sacramento de la Reconciliación significa ser envueltos en un abrazo caluroso: es el abrazo de la infinita misericordia del Padre. Recordemos la hermosa, hermosa parábola del hijo que se marchó de su casa con el dinero de la herencia; gastó todo el dinero, y luego, cuando ya no tenía nada, decidió volver a casa, no como hijo, sino como siervo. Tenía tanta culpa y tanta vergüenza en su corazón. La sorpresa fue que cuando comenzó a hablar, a pedir perdón, el padre no le dejó hablar, le abrazó, le besó e hizo fiesta. Pero yo os digo: cada vez que nos confesamos, Dios nos abraza, Dios hace fiesta. Sigamos adelante por este camino. Que Dios os bendiga.



XI

HOMILÍA EN EL CONSISTORIO ORDINARIO PÚBLICO PARA LA CREACIÓN DE NUEVOS CARDENALES

(Basílica Vaticana, 22-2-2014)

«Y Jesús iba delante de ellos...» (Mc 10,32)

También en este momento Jesús camina delante de nosotros. Él siempre está por delante de nosotros. Él nos precede y nos abre el camino... Y esta es nuestra confianza y nuestra alegría: ser discípulos suyos, estar con él, caminar tras él, seguirlo...

Cuando con los Cardenales hemos concelebrado juntos la primera Misa en la Capilla Sixtina, «caminar» ha sido la primera palabra que el Señor nos ha propuesto: caminar, y después construir y confesar.

Hoy vuelve esta palabra, pero como un acto, como una acción de Jesús que continúa: «Jesús caminaba...». Nos llama la atención esto en los evangelios: Jesús camina mucho e instruye a los suyos a lo largo del camino. Esto es importante. Jesús no ha venido a enseñar una filosofía, una ideología..., sino una «vía», una senda para recorrerla con él, y la senda se aprende haciéndola, caminando. Sí, queridos hermanos, esta es nuestra alegría: caminar con Jesús.

Y esto no es fácil, no es cómodo, porque la vía escogida por Jesús es la vía de la cruz. Mientras van de camino, él habla a sus discípulos de lo que le sucederá en Jerusalén: anuncia su pasión, muerte y resurrección. Y ellos se quedan «sorprendidos» y «asustados». Sorprendidos, cierto, porque para ellos subir a Jerusalén significaba participar en el triunfo del Mesías, en su victoria, como se ve luego en la petición de Santiago y Juan; y asustados por lo que Jesús habría tenido que sufrir, y que también ellos corrían el riesgo de padecer.

A diferencia de los discípulos de entonces, nosotros sabemos que Jesús ha vencido, y no deberíamos tener miedo de la cruz, sino que, más bien, en la Cruz tenemos nuestra esperanza. No obstante, también nosotros somos humanos, pecadores, y estamos expuestos a la tentación de pensar según el modo de los hombres y no de Dios.

Y cuando se piensa de modo mundano, ¿cuál es la consecuencia? Dice el Evangelio: «Los otros diez se indignaron contra Santiago y Juan» (v. 41). Ellos se indignaron. Si prevalece la mentalidad del mundo, surgen las rivalidades, las envidias, los bandos...

Así, pues, esta palabra que hoy nos dirige el Señor es muy saludable. Nos purifica interiormente, proyecta luz en nuestra conciencia y nos ayuda a ponernos en plena sintonía con Jesús, y a hacerlo juntos, en el momento en que el Colegio de Cardenales se incrementa con el ingreso de nuevos miembros.

«Llamándolos Jesús a sí...» (Mc 10,42). He aquí el otro gesto del Señor. Durante el camino, se da cuenta de que necesita hablar a los Doce, se para y los llama a sí. Hermanos, dejemos que el Señor Jesús nos llame a sí. Dejémonos con-vocar por él. Y escuchémosle con la alegría de acoger juntos su palabra, de dejarnos enseñar por ella y por el Espíritu Santo, para ser cada vez más un solo corazón y una sola alma en torno a él.

Y mientras estamos así, convocados, «llamados a sí» por nuestro único Maestro, os digo lo que la Iglesia necesita: tiene necesidad de vosotros, de vuestra colaboración y, antes de nada, de vuestra comunión, conmigo y entre vosotros. La Iglesia necesita vuestro valor para anunciar el evangelio en toda ocasión, oportuna e inoportunamente, y para dar testimonio de la verdad. La Iglesia necesita vuestras oraciones, para apacentar bien la grey de Cristo, la oración –no lo olvidemos– que, con el anuncio de la Palabra, es el primer deber del Obispo. La Iglesia necesita vuestra compasión sobre todo en estos momentos de dolor y sufrimiento en tantos países del mundo. Expresemos juntos nuestra cercanía espiritual a las comunidades eclesiales, a todos los cristianos que sufren discriminación y persecución. ¡Debemos luchar contra cualquier discriminación! La Iglesia necesita que recemos por ellos, para que sean fuertes en la fe y sepan responder el mal con bien. Y que esta oración se haga extensiva a todos los hombres y mujeres que padecen injusticia a causa de sus convicciones religiosas.

La Iglesia también necesita de nosotros para que seamos hombres de paz y construyamos la paz con nuestras obras, nuestros deseos, nuestras oraciones. ¡Construir la paz! ¡Artesanos de la paz! Por ello imploramos la paz y la reconciliación para los pueblos que en estos tiempos sufren la prueba de la violencia, de la exclusión y de la guerra.

Gracias, queridos hermanos. Gracias. Caminemos juntos tras el Señor, y dejémonos convocar cada vez más por él, en medio del Pueblo fiel, del santo Pueblo fiel de Dios, de la Santa Madre Iglesia. Gracias.



XII

HOMILÍA EN LA SANTA MISA CON LOS NUEVOS CARDENALES

(Basílica Vaticana, 23-2-2014)

«Que tu ayuda, Padre misericordioso, nos haga siempre atentos a la voz del Espíritu» (Colecta).

Esta oración del principio de la Misa indica una actitud fundamental: la escucha del Espíritu Santo, que vivifica la Iglesia y el alma. Con su fuerza creadora y renovadora, el Espíritu sostiene siempre la esperanza del Pueblo de Dios en camino a lo largo de la historia, y sostiene siempre, como Paráclito, el testimonio de los cristianos. En este momento, todos nosotros, junto con los nuevos cardenales, queremos escuchar la voz del Espíritu, que habla a través de las Escrituras que han sido proclamadas.

En la Primera Lectura ha resonado el llamamiento del Señor a su pueblo: «Sed santos, porque yo, el Señor vuestro Dios, soy santo» (Lv 19,2). Y Jesús, en el Evangelio, replica: «Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto» (Mt 5,48). Estas palabras nos interpelan a todos nosotros, discípulos del Señor; y hoy se dirigen especialmente a mí y a vosotros, queridos hermanos cardenales, sobre todo a los que ayer habéis entrado a formar parte del Colegio Cardenalicio. Imitar la santidad y la perfección de Dios puede parecer una meta inalcanzable. Sin embargo, la Primera Lectura y el Evangelio sugieren ejemplos concretos de cómo el comportamiento de Dios puede convertirse en la regla de nuestras acciones. Pero recordemos todos, recordemos que, sin el Espíritu Santo, nuestro esfuerzo sería vano. La santidad cristiana no es en primer término un logro nuestro, sino fruto de la docilidad –querida y cultivada– al Espíritu del Dios tres veces Santo.

El Levítico dice: «No odiarás de corazón a tu hermano... No te vengarás, ni guardarás rencor... sino que amarás a tu prójimo...» (19,17-18). Estas actitudes nacen de la santidad de Dios. Nosotros, sin embargo, normalmente somos tan diferentes, tan egoístas y orgullosos...; pero la bondad y la belleza de Dios nos atraen, y el Espíritu Santo nos puede purificar, nos puede transformar, nos puede modelar día a día. Hacer este trabajo de conversión, conversión en el corazón, conversión que todos nosotros –especialmente vosotros cardenales y yo– debemos hacer. ¡Conversión!

También Jesús nos habla en el Evangelio de la santidad, y nos explica la nueva ley, la suya. Lo hace mediante algunas antítesis entre la justicia

imperfecta de los escribas y los fariseos y la más alta justicia del Reino de Dios. La primera antítesis del pasaje de hoy se refiere a la venganza. «Habéis oído que se os dijo: “Ojo por ojo, diente por diente”. Pues yo os digo: ...si uno te abofetea en la mejilla derecha, preséntale la otra» (Mt 5,38-39). No sólo no se ha devolver al otro el mal que nos ha hecho, sino que debemos de esforzarnos por hacer el bien con largueza.

La segunda antítesis se refiere a los enemigos: «Habéis oído que se dijo: “Amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo”. Yo, en cambio, os digo: “Amad a vuestros enemigos y rezad por los que os persiguen” (vv. 43-44). A quien quiere seguirlo, Jesús le pide amar a los que no lo merecen, sin esperar recompensa, para colmar los vacíos de amor que hay en los corazones, en las relaciones humanas, en las familias, en las comunidades y en el mundo. Queridos hermanos, Jesús no ha venido para enseñarnos los buenos modales, las formas de cortesía. Para esto no era necesario que bajara del cielo y muriera en la cruz. Cristo vino para salvarnos, para mostrarnos el camino, el único camino para salir de las arenas movedizas del pecado, y este camino de santidad es la misericordia, que Él ha tenido y tiene cada día con nosotros. Ser santos no es un lujo, es necesario para la salvación del mundo. Esto es lo que el Señor nos pide.

Queridos hermanos cardenales, el Señor Jesús y la Madre Iglesia nos piden testimoniar con mayor celo y ardor estas actitudes de santidad. Precisamente en este suplemento de entrega gratuita consiste la santidad de un cardenal. Por tanto, amemos a quienes nos contrarían; bendigamos a quien habla mal de nosotros; saludemos con una sonrisa al que tal vez no lo merece; no pretendamos hacernos valer, contraponemos más bien la mansedumbre a la prepotencia; olvidemos las humillaciones recibidas. Dejémosnos guiar siempre por el Espíritu de Cristo, que se sacrificó a sí mismo en la cruz, para que podamos ser «cauces» por los que fluye su caridad. Esta es la actitud, este debe ser el comportamiento de un cardenal. El cardenal –lo digo especialmente a vosotros– entra en la Iglesia de Roma, hermanos, no en una corte. Evitemos todos y ayudémonos unos a otros a evitar hábitos y comportamientos cortesanos: intrigas, habladurías, camarillas, favoritismos, preferencias. Que nuestro lenguaje sea el del Evangelio: «Sí, sí; no, no»; que nuestras actitudes sean las de las Bienaventuranzas, y nuestra senda la de la santidad. Pidamos nuevamente: «Que tu ayuda, Padre misericordioso, nos haga siempre atentos a la voz del Espíritu».

El Espíritu Santo nos habla hoy por las palabras de san Pablo: «Sois templo de Dios...; santo es el templo de Dios, que sois vosotros» (cf. 1 Co 3,16-17). En este templo, que somos nosotros, se celebra una liturgia existencial: la de la bondad, del perdón, del servicio; en una palabra, la liturgia del amor. Este templo nuestro resulta como profanado si descuidamos los

deberes para con el prójimo. Cuando en nuestro corazón hay cabida para el más pequeño de nuestros hermanos, es el mismo Dios quien encuentra puesto. Cuando a ese hermano se le deja fuera, el que no es bien recibido es Dios mismo. Un corazón vacío de amor es como una iglesia desconsagrada, sustraída al servicio divino y destinada a otra cosa.

Queridos hermanos cardenales, permanezcamos unidos en Cristo y entre nosotros. Os pido vuestra cercanía con la oración, el consejo, la colaboración. Y todos vosotros, obispos, presbíteros, diáconos, personas consagradas y laicos, uníos en la invocación al Espíritu Santo, para que el Colegio de Cardenales tenga cada vez más ardor pastoral, esté más lleno de santidad, para servir al evangelio y ayudar a la Iglesia a irradiar el amor de Cristo en el mundo.



XIII

CARTA A LAS FAMILIAS

Queridas familias:

Me presento a la puerta de su casa para hablarles de un acontecimiento que, como ya saben, tendrá lugar el próximo mes de octubre en el Vaticano. Se trata de la Asamblea general extraordinaria del Sínodo de los Obispos, convocada para tratar el tema “Los retos pastorales de la familia en el contexto de la evangelización”. Pues la Iglesia hoy está llamada a anunciar el Evangelio afrontando también las nuevas emergencias pastorales relacionadas con la familia.

Este señalado encuentro es importante para todo el Pueblo de Dios, Obispos, sacerdotes, personas consagradas y fieles laicos de las Iglesias particulares del mundo entero, que participan activamente en su preparación con propuestas concretas y con la ayuda indispensable de la oración. El apoyo de la oración es necesario e importante especialmente de parte de ustedes, queridas familias. Esta Asamblea sinodal está dedicada de modo especial a ustedes, a su vocación y misión en la Iglesia y en la sociedad, a los problemas de los matrimonios, de la vida familiar, de la educación de los hijos, y a la tarea de las familias en la misión de la Iglesia. Por tanto, les pido que invoquen con insistencia al Espíritu Santo, para que ilumine a

los Padres sinodales y los guíe en su grave responsabilidad. Como saben, a esta Asamblea sinodal extraordinaria seguirá un año después la Asamblea ordinaria, que tratará el mismo tema de la familia. Y, en ese contexto, en septiembre de 2015, tendrá lugar el Encuentro Mundial de las Familias en Filadelfia. Así pues, oremos todos juntos para que, mediante estas iniciativas, la Iglesia realice un auténtico camino de discernimiento y adopte los medios pastorales adecuados para ayudar a las familias a afrontar los retos actuales con la luz y la fuerza que vienen del Evangelio.

Les escribo esta carta el día en que se celebra la fiesta de la Presentación de Jesús en el templo. En el Evangelio de Lucas vemos que la Virgen y San José, según la Ley de Moisés, llevaron al Niño al templo para ofrecérselo al Señor, y dos ancianos, Simeón y Ana, impulsados por el Espíritu Santo, fueron a su encuentro y reconocieron en Jesús al Mesías (cf. Lc 2,22-38). Simeón lo tomó en brazos y dio gracias a Dios porque finalmente había “visto” la salvación; Ana, a pesar de su avanzada edad, cobró nuevas fuerzas y se puso a hablar a todos del Niño. Es una hermosa estampa: dos jóvenes padres y dos personas ancianas, reunidas por Jesús. ¡Realmente Jesús hace que generaciones diferentes se encuentren y se unan! Él es la fuente inagotable de ese amor que vence todo egoísmo, toda soledad, toda tristeza. En su camino familiar, ustedes comparten tantos momentos inolvidables: las comidas, el descanso, las tareas de la casa, la diversión, la oración, las excursiones y peregrinaciones, la solidaridad con los necesitados... Sin embargo, si falta el amor, falta la alegría, y el amor auténtico nos lo da Jesús: Él nos ofrece su Palabra, que ilumina nuestro camino; nos da el Pan de vida, que nos sostiene en las fatigas de cada día.

Queridas familias, su oración por el Sínodo de los Obispos será un precioso tesoro que enriquecerá a la Iglesia. Se lo agradezco, y les pido que recen también por mí, para que pueda servir al Pueblo de Dios en la verdad y en la caridad. Que la protección de la Bienaventurada Virgen María y de San José les acompañe siempre y les ayude a caminar unidos en el amor y en el servicio mutuo. Invoco de corazón sobre cada familia la bendición del Señor.

Vaticano, 2 de febrero de 2014

FRANCISCO



ÍNDICE GENERAL

	<u>Páginas</u>	
EL ARZOBISPO	Homilía	
	Jornada de la Vida Consagrada	181
	Mensajes	
	Jornada Mundial de enfermo 2014	185
	Un mundo sin hambre es posible	187
	Los obispos de España visitan al Papa	188
	Unidos para luchar contra el hambre en el mundo .	190
	Agenda del Sr. Arzobispo	
	Agenda del mes de febrero	192
	CURIA DIOCESANA	Secretaría General
Convocatoria para la Colación de Ministerios Lai- cales		194
Anuncio de Celebración de Órdenes Sagradas		195
En la Paz del Señor: <i>Hna. María Nieves García Rodríguez, Madre Mercedes Alonso Hernández y Rvdo. D. Julio Juez Ahedo</i>		195
SECCION PASTORAL E INFORMACION		Delegación de Pastoral Vocacional
	Campaña del Seminario 2014	199
	Delegación de Medios de Comunicación	
	Visita ad limina	201
	Delegación de infancia y juventud	
	Encuentro diocesano de adolescentes	205
	Noticias de interés	
	Noticias diocesanas	207

COMUNICADOS
ECLESIALES

Santo Padre

Páginas

Mensaje para la Cuaresma 2014	209
Audiencia General (29-1-2014)	213
Discurso a los representantes del Camino Neocatecumenal	215
Homilía en la Fiesta de la Presentación del Señor (Jornada de la Vida Consagrada)	217
Audiencia General (5-2-2014)	219
Mensaje para la XXIX Jornada de la Juventud 2014	220
Audiencia General (12-2-2014)	226
Discurso a la Plenaria de la Congregación para la Educación Católica	228
Discurso a las parejas de novios	231
Audiencia General (19-2-2014)	235
Homilía en el Consistorio para la creación de nuevos cardenales	238
Homilía en la Misa con los nuevos Cardenales	240
Carta a las Familias	242

